

ISSN:1665-7241

Q

204
OCT / 21

\$50.00 www.laquincena.mx

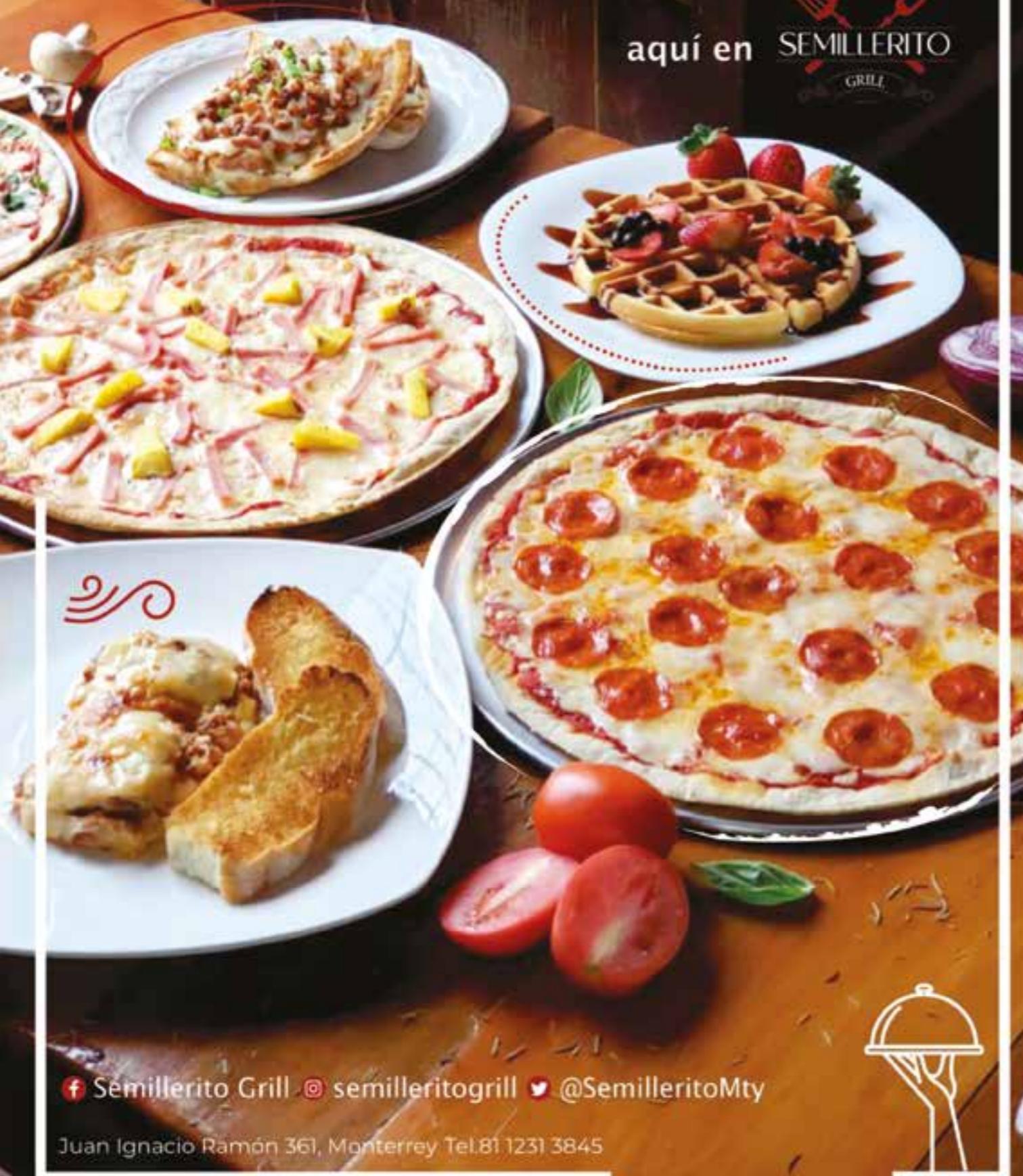


¿Por qué fracasa la política?, I



Ven y conoce un lugar con historia de más de 100 años

aquí en SEMILLERITO



f Semillerito Grill @ semilleritogrill @SemilleritoMty

Juan Ignacio Ramón 361, Monterrey Tel.81 1231 3845



Cartón de Chava

SIGLO XXI



Q

Director
Luis Lauro Garza

Editora
Adriana Garza

Arte y diseño
Martín Ábrego Parra

Asesor de la dirección
Gilberto Trejo

Comunicación e imagen
Irgla Guzmán

Publicidad
Gerardo Martínez

Relaciones públicas
Flaka Aguirre

Fotografía
Rogelio (Foko) Ojeda
Mayra González

Cartones, cromos e ilustraciones
Salvador (Chava) González

Asesor legal
Luis Fías Teneyuque

Distribución
Luis Carlos Ramírez

La Quincena / revista mensual / octubre 2021
Editor responsable: Luis Lauro Garza
Número de Certificado de Reserva otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor: 04-2003-0828156343200-102
Número de certificado de Licitud de Título: 12926
Número de Certificado de Licitud de contenido: 10499
 Incorporada al Padrón Nacional de Medios Impresos de la Secretaría de Gobernación.
 La Quincena es una publicación editada por Editorial La Quincena S.A. de C.V., Serafín Peña 748 sur, Monterrey, Nuevo León, C.P. 64000, Tel. (81) 19352363.
Correo electrónico: laquincena@gmail.com
Página web: www.laquincena.mx
Impresión: Procesos Impresos, S.A. de C.V. Av. Alfonso Reyes 3013, Fracc. Bernardo Reyes, C.P. 64280. Monterrey, Nuevo León.
Distribuidor: Editorial La Quincena, S.A. de C.V.

* Agradecemos a Samuel Schmidt su contribución como editor de este número de la revista, dedicado a pensar los matices, las ilusiones y decepciones del concepto "política", en México y el mundo. Una colaboración más entre nuestras revistas hermanadas: El Reto y La Quincena.

3 Cartón de Chava

4 Índice

5 Reflexión sobre el fracaso de la política

Samuel Schmidt

11 El porqué del fracaso de la política

Jose Luis Talancón E.



16 La política ha muerto y está más viva que nunca

Alberto Spektorowski



26 Una perspectiva "multinivel"

Marcela Maldonado Bodart

29 El inalcanzable orden deseado

Miguel Molina

30 Sobre política y sus alrededores

Margarita Salazar Mendoza



34 Política para dummies

Carlos Ramírez



39 El poder oculto

Abraham Nuncio

40 Hablando de libros con Marllha Zertuche

Eligio Coronado

42 Avatares del salvaje mítico

Abel Garza Martínez



Reflexión sobre el fracaso de la política

Samuel Schmidt



Propongo que entre Rivera y Montevideo se construya una carretera ¡en bajada! para que los camiones de carga ahorren combustible.

Domingo Tortorelli. Candidato a la presidencia de Uruguay, en 1946 y 1950

La política es la política. No fracasa. Siempre está ahí para redimirnos.

Diego Velázquez

Austin.- A la política se le puede ver desde varios ángulos; coincido con Margarita Salazar, autora en este monográfico, en que es una palabra polisémica, porque se escribe igual pero tiene diversos significados.

Quiero empezar concentrándome en la idea de que debe ser un medio para lograr la felicidad. Para Aristóteles, "el bien último o la felicidad (eudaimonia) del ser humano consiste en la perfección, en la plena realización de su función natural, el fin que busca el hombre es la felicidad, que consiste en la *vida contemplativa*. La *ética* desemboca en la *política* y es parte de la *ciencia política* para poder formar gobernantes virtuosos". (https://es.wikipedia.org/wiki/Pol%C3%ADtica_de_Arist%C3%B3teles#Politeia). Se desprende de ahí que los gobernantes virtuosos son un factor para la felicidad.

Primer fracaso o decepción.

En la edad media la política se veía como medio para la salvación humana, que se lograba en la Ciudad de dios, donde suponemos se debería/podría ser feliz. Eran los tiempos en que el cristianismo políticamente se apoderaba del "mundo", y acompañaba la construcción de la Ciudad de dios con persecuciones, expulsiones, asesinato, discriminación (quema de brujas por ejemplo), que llega a su cenit con la "santa" inquisición, institución poleítica que se encargaba de robar, torturar, humillar y matar a los que se atrevían a creer en el mismo dios, pero de forma distinta; ¿será que entonces también la forma era fondo?; ¿será que dios también es una polisemia, y no todos sus significados son aceptados? Encontramos una peculiar concepción donde la política generaba la felicidad

de unos sentada en el sufrimiento de otros.

Más adelante llega una visión romántica que pensaba que la política era para propiciar felicidad. “El Utilitarismo en la ética normativa, arranca a final del siglo 18 y en el siglo 19, con Jeremy Bentham y John Stuart Mill, quienes pensaban que una acción o tipo de acción es correcta, si tiende a promover felicidad o placer, e incorrecta si produce infelicidad o dolor, no solamente para quien realiza la acción, sino para cualquiera que se vea afectada por ella”¹. En el momento en que la acción afecta a otros, es política. ¿Cómo hubieran reaccionado ante esta propuesta los cristianos de la edad media y los que siguieron, que crearon la premisa de que hay que desaparecer al que no cree como yo?; ¿se darían cuenta de que sus acciones inspiradas en lo “divino” producían infelicidad y mucho sufrimiento?

No olvidemos la serie interminable de guerras que sirven para hacer felices (y ricos) a los vencedores, e infelices a los vencidos. Clausewitz consideraba que la guerra es la continuación de la política por otros medios, así que podemos suponer que las matanzas masivas, externas e internas, son formas de política *in extremis*, en manos de gobernantes asesinos, que buscan justificar decisiones políticas. La historia registra una larga lista de infamias, que incluye, no exclusivamente, el asesinato de millones en el Congo por Bélgica, asesinato de población criolla en Haití, las bombas atómicas lanzadas por el democrático Estados Unidos sobre Japón, el asesinato de los tártaros de Crimea y otras minorías por Stalin, la gran purga de Mao, la masacre de Nankín, de Japón contra los chinos; las matanzas masivas de los gobiernos, en Salsipuedes, en Uruguay; Rincón Bomba en Argentina; Tlatelolco en México; no seguimos con la lista enorme, para no aumentar nuestra náusea.

Los legistas han diferenciado entre crímenes de lesa humanidad, con el concepto de genocidio, que es el intento de eliminar a un pueblo. El hecho de que el léxico tenga que crear conceptos para la barbarie, la sed de sangre e infamia mayor, demuestra lo ruín de ciertos políticos, que por cierto no son pocos. Aquí de nuevo destaca Estados Unidos y la



limpieza étnica de los pueblos originarios en América, el Genocidio armenio, el Holocausto judío, el Samudaripen (o eliminación de gitanos por los nazis), el de Camboya por Pol Pot, la masacre de Srebrenica. En la lista de la persecución étnica encontramos los pogromos en Europa y Rusia, muchos inspirados en la incitación religiosa llamando a matar a los “deicidas”, que era parte de esa construcción de la Ciudad de dios. Los genocidios asolaron a Europa (Bosnia Herzegovina), África (Ruanda); y China hace lo propio con los Uigures, ante el silencio del mundo.

La sed de sangre del otro llegó a su cumbre con los alemanes y sus socios polacos, húngaros, franceses, italianos, etcétera, que pusieron en marcha un proceso industrial para eliminar al pueblo judío, bajo la mirada silenciosa y hasta cómplice de industrias, de muchos países y de la alta jerarquía de la iglesia católica, que insistía en limpiar al mundo de los que creen en dios de otra manera; tal vez podría entrar a la Ciudad de dios el que aseguraba que los trenes de la muerte corrieran a tiempo. Hoy los polacos luchan por enterrar en el silencio su participación muy activa en el holocausto y aprueban leyes para asegurar que no se les reclame la infamia. (Véase la larga lista de masacres que presenta Wikipedia, aunque a los científicos puros les parece una mala fuente de referencia.) Si el genocidio es la continuación de la barbarie por otros medios, es un desastre político.

Desde el punto de partida del utilita-

rismo, la rápida y superficial mirada que le dimos a la infamia en el mundo nos diría sin la menor duda que la política fracasó; porque si la felicidad es un objetivo principal, tal vez solamente en el mejor de los casos se hace felices a unos pocos, mientras que el dolor y el sufrimiento asolan al mundo.

Calificando la felicidad

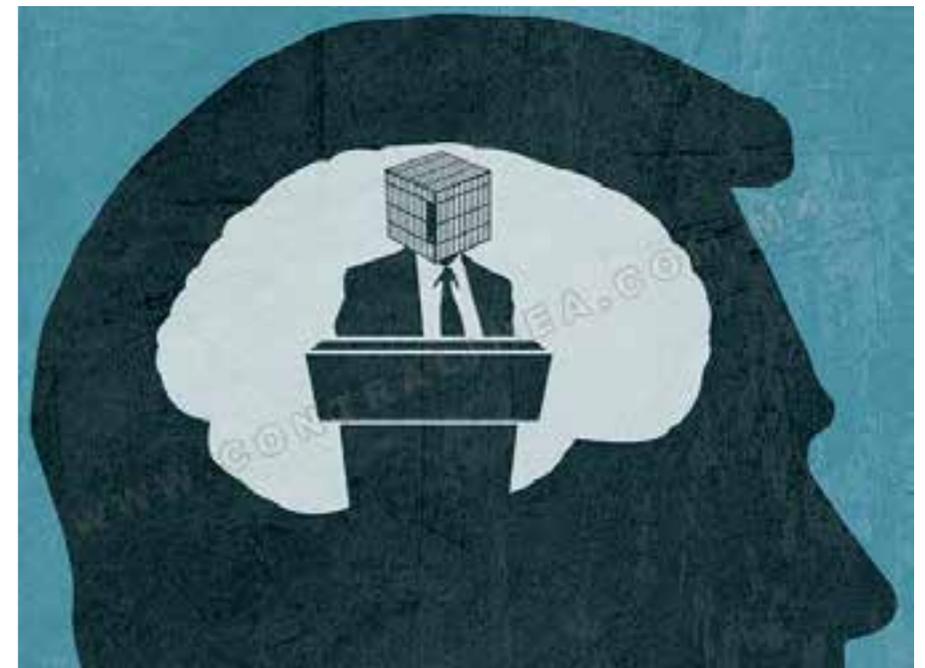
Siguiendo con la tesis de la política para crear felicidad, encontramos en esta época de aritmetización de todo lo posible, que se elaboró un índice de felicidad, donde 0 es desdichado y 10 es feliz. Sin discutir los méritos del índice y tomándolo como un ejercicio que nos ayuda a argumentar, vemos que en 2020 el promedio mundial de felicidad fue de 5.51 puntos, nada que sea demasiado alentador, porque si en la escala escolar se aprueba con 6, la felicidad en el mundo reprobó; ¿habrá reprobado con ella la política?

El primer lugar se lo ganó Finlandia, con 7.84 puntos; y el último le tocó a Afganistán, con 2.52 puntos². ¿Serán evidentes las diferencias entre estos dos países?

Finlandia tiene un sistema político social demócrata, cuyo sistema social cubre a toda la población; ocupa el primer lugar mundial en educación, y el segundo lugar en la Unión Europea como país más violento contra las mujeres, al grado que un escalofriante 47 por ciento de las mujeres han experimentado violencia física o sexual, además que las desigual-

dades crecientes y la exclusión social se acumulan y traspasan generacionalmente. ¿A qué se debe que su empresa Nokia haya jugado un papel primordial en las telecomunicaciones?, ¿buscar “estar conectados” (Nokia *dixit*) era una misión corporativa o nacional, sugiriendo la existencia de un cierto distanciamiento social que inhibe la infelicidad, o lo contrario?; Pablo Marentes me sugiere que un roce reducido entre humanos aminora la intensidad del conflicto y puede conducir a la felicidad; consideremos en este contexto la frase del anarquista: “si dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, dios seguramente es una mierda”; las mujeres están a salvo en la definición, pero no de la violencia de los machos finlandeses; o la versión atea, que dice que “si el hombre hizo a dios a su imagen y semejanza, dios es una mierda”, luego entonces reducida a ese nivel la calidad de los hombres debemos considerar que sus contactos son fuente de infelicidad.

Los afganos sufrieron su primera invasión en manos de Darío de Babilonia, alrededor del año 500 antes de nuestra era, desde fin del siglo XIX tuvieron la oportunidad de cometer sus propias ignominias, cuando el genocidio hizo que más del 60 por ciento de los Hazara fueran masacrados, desplazados o forzados a dar sus propiedades a los Pastún, durante la campaña de Abdur Rahman; en la época moderna fueron invadidos por la URSS en 1979, metiendo al país en el centro de la guerra fría, donde la CIA creó a los defensores de la paz, Al Qaeda, para enfrentar a los soviéticos. Así que cuando sus herederos, los talibanes, se apoderaron del país, empezaron por someter a las mujeres, ponerles velos, azotarlas y matarlas si no se ceñían a todo lo que se les prohibía. En esa larga coyuntura el país entró en la lógica del narcotráfico mundial, convirtiéndose en una de las fuentes mundiales de opiáceos. Actualmente producen el 90 por ciento del tráfico mundial de heroína, situación apetecible para la intervención de la CIA, de los británicos y el apetito actual de drogas, de las que Estados Unidos es principal consumidor; no falta ahora quién trate de meterlos al enfrentamiento entre el islam y el mundo “occidental”, suponiendo que la nueva continuidad de la política tendrá cara de guerra religiosa. Su calificación no debería sorprendernos, si reconocemos que llevan centurias de invasiones, guerras, odio y sufrimiento. ¿Por qué será que el país campeón y el último lugar en felicidad se empeñan en someter, degradar y



violentar a la mujer?

México, país donde supuestamente la gente se ríe hasta de la muerte, se encuentra en el lugar 35 del índice con una calificación de 6.32 (pasó de panzoso), aunque aclaro que risa no implica felicidad; uno se puede reír de tristeza, con risa histérica, o porque no le queda de otra más que reírse de sí mismo. Encontramos de nuevo que se victimiza a las mujeres. 946 fueron asesinadas en 2018; para 2021, 10 mujeres son asesinadas a diario en promedio; 13 mil 631 mujeres huyeron por la violencia entre enero y mayo de 2021; y se realizan 38 mil 316 llamadas anuales denunciando la desaparición de mujeres.

Estados Unidos, de quién ya mencionamos algunas infamias, es la sede del capitalismo salvaje: hace guerras para que se beneficien los amiguetes de un presidente en turno (como la de Iraq y los cuates de Bush, o los dos trillones de dólares gastados en 20 años en Afganistán), se encuentra en el lugar 19 del índice, con una calificación de 6.35, no muy arriba de México. Aquí a la mujer no le va mejor. En 2006, 232 mil 960 mujeres fueron violadas o asaltadas sexualmente; o sea, 600 diarias; pero 3 diarias, o mil 181 fueron asesinadas por su pareja en 2005; una de cada cinco será violada o sufrirá agresión sexual en la universidad; y para 2018, mil 946 mujeres fueron asesinadas, cinco a diario.

Los puristas criticaran el índice, ya que no tiene datos para todos los países. La naturaleza de los datos no es muy confiable, pero muestra la concepción

política de felicidad. Aunque este ensayo no es sobre el índice, sino sobre la política, y elaborar el índice lleva una intencionalidad política, tal vez sugiere que hay que prestar atención a lo que ellos creen que produce felicidad para que los países más infelices lo copien, así que los afganos podrían empezar por copiar a Finlandia, aunque en ambos violentan a las mujeres y hace frío. Quién sabe cómo será su calificación ahora que terminó la última invasión, porque ya empezaron a reprimir a las mujeres que exigen igualdad; posiblemente seguirán siendo un trofeo codiciado por los narcotraficantes buscadores de opio y sus socios políticos, por los imperialismos expansionistas (Rusia, China buscando litio y los que se sumen), o las intolerancias religiosas fanáticas (ISIS-K) tal vez no muy diferentes al talibán, que en el pasado los hizo muy infelices; pero no descontemos los esfuerzos talibanes contra los millones que no pudieron huir de la promesa del nuevo paraíso islámico, especialmente las mujeres que ya perdieron el poco avance que tenían.

Política y poder

La política está relacionada con el poder y las relaciones sociales y aunque hay un discurso político muy sólido sobre la igualdad, la realidad muestra lo contrario. La sociedad no es igual y tampoco lo son las relaciones que emanan de la desigualdad. Cuando pensamos en la política refiriéndonos a lo relativo al gobierno y la sociedad, discurremos sobre decisiones e influencia, y encontramos

¹ <https://es.theglobaleconomy.com/rankings/happiness/>. Los interesados en profundizar sobre el tema pueden revisar <https://happiness-report.s3.amazonaws.com/2021/WHR+21.pdf>

² <https://es.theglobaleconomy.com/rankings/happiness/>. Los interesados en profundizar sobre el tema pueden revisar <https://happiness-report.s3.amazonaws.com/2021/WHR+21.pdf>

desigualdad en la cantidad y calidad de influencia y un reparto inequitativo del poder y los tipos de poder, o sea que la capacidad política es diferenciada; podemos llevar esto a las relaciones familiares, donde también hay relaciones de poder y políticas. Y encontramos divorcios porque madre y padre pelean por el poder decisorio y carecen o se les agotaron las medidas políticas de solución de conflictos.

Para Bobbio, la política se refiere al estudio de la esfera de actividad humana y está relacionada con el poder, o sea con el Estado, lo que en sí es correcto, aunque el Estado no tiene y tal vez no tuvo el monopolio del poder ni de la política, porque tampoco tuvo el monopolio de la violencia (sé que Weber y los que lo siguen hablan de violencia legítima). Sugiero que veamos a la política como poli-dimensional, porque también se refiere a relaciones personales, grupales y (hemos sugerido) familiares.

Otro ángulo es abordar a la política desde la perspectiva pragmática del uso del poder; por ejemplo, ese consejo que le da Maquiavelo al príncipe: “Es mucho más seguro ser temido que amado, en el caso de que haya de prescindirse de una de las dos. Si el príncipe no consigue el amor del pueblo, es preferible ser temido que odiado”. Esta lección la entendieron muchos políticos en la historia y la inquisición le agregó tortura y dolor, mucho dolor.

Ser temido y legitimar el terror desde el Estado donde se sintetiza la política, lo aprendieron muchos gobernantes. El terror iguala a personajes tan dispares como Gengis Khan, los reyes franceses y sus sucesores revolucionarios con la guillotina, Fouché, Beria, Mao, Stalin, Pol Pot, Hitler, Echeverría y una larga lista de sátrapas sanguinarios; o la mente que creó instituciones como la Inquisición, Gestapo, KGB, CIA, CISEN, o la policía religiosa islámica. Bajo esa concepción de la política, se somete al individuo y ni siquiera se considera la noción de hacer feliz a la gente. Aunque algunos políticos y policías gocen al enfilear armas, cañones de agua, bayonetas, picanas e instrumentos de tortura enfrentando la protesta política de los ciudadanos. Llegamos a la situación en que la política obstaculiza la felicidad y promueve el sufrimiento, por ejemplo, donde el crimen se asocia con la política, fenómeno que he denominado *crimen autorizado*. No ignoremos relacionar temor y odio como instrumentos políticos con la infelicidad.

Relación entre el poder y la felicidad con el sistema político

Muchas comparaciones políticas requieren un gran esfuerzo de definiciones para mostrar que lo comparable lo es, así que requerimos sintetizar, cómo hicimos al comparar Finlandia con Afganistán, que son dos sistemas políticos y sociales muy diferentes. Tomemos otros dos casos.

Estados Unidos tiene un sistema bipartidista, donde el personaje central es el poderoso caballero don dinero (Francisco de Quevedo *dixit*); ahí se compran múltiples facetas de la política, como la ley, influencia política y hasta elecciones; en lo más profundo de la democracia estadounidense se restringe el voto, al grado que 19 de 50 estados tienen legislación restrictiva del voto y solamente en 2021 se han presentado 400 iniciativas de ley con provisiones para restringir el voto en 49 estados; los gobernantes apoyados por los oligarcas se encargan de beneficiar a sus verdaderos patrones, mientras se desviven en asegurarle al “pueblo” que los quieren mucho y que todo lo hacen por su felicidad, hasta invadir Afganistán, aunque para limpiar la conciencia transportaron a decenas de miles de afganos cuando salieron del país. Recordemos que ocupan el décimo noveno lugar entre los más felices.

México es un sistema presidencialista autoritario y muy corrupto, donde las libertades se manejan arbitrariamente, lo que no debe hacer muy felices a los que se ven reprimidos, a los que les plantan droga para extorsionarlos, a los desaparecidos (ya reconoció el gobierno que son más de 90 mil), o cuando la veleta de la intolerancia se voltea para ensañarse sobre la gente, ahí están como testigos silenciados los periodistas, ya que México está hasta arriba en la lista mundial de periodistas asesinados, los líderes sociales que dejan la vida luchando por el medio ambiente o la libertad y hasta el asesinato de políticos superó la centena en la elección de 2021. En ese 35 lugar de país feliz podemos ubicar a los 96 millones de pobres (Botvilnik *dixit*).

Las dos potencias modernizadoras que caminan hacia la democracia con grandes escándalos de represión y hasta asesinato a opositores, califican muy abajo, Rusia está en el lugar 76, con calificación de 5.48; y China en el lugar 82, con 5.34 puntos.

El común denominador de diferentes países en diferentes lugares en el índice de felicidad es la violencia y el sufrimiento.

Una parte esencial de la política es la relación de los líderes/dirigentes con los seguidores/dominados o el pueblo. Podríamos decir que en la medida que los líderes imponen su voluntad, para ellos la política no es un fracaso. Aquí podemos ubicar a los dictadores.

El vulgo califica erróneamente de maquiavélico el uso del poder, más allá de consideraciones morales que hacen los políticos u oligarcas. Esto representa una agresión contra Maquiavelo por parte de los que no lo leyeron, pero es una buena indicación de lo injusto en el manejo del poder. Hasta ahora he evadido el concepto pueblo, para evitar generalizaciones, y la molestia contra aquellos que lo retratan tal y como es. Zola fue acusado y agredido por mostrarlo descarnadamente en *La Taberna o Germinal*; y Spota fue rechazado por las “buenas conciencias”, que se escandalizaron por el lenguaje de “la Canalla” retratados en *Murieron a mitad del río, Las horas violentas*; por cierto en la obra de ambos grandes escritores, el pueblo era profundamente infeliz.

¿Qué hace felices a los felices?

Nuestra época valora lo que se tiene y acumula materialmente y eso parece considerarse en felicidad. ¿Quiénes son los felices, los oligarcas que depredan todo lo posible hasta enriquecerse con cifras fantasiosas que nunca podrán gastar?, o ¿los políticos que roban a manos llenas para alcanzar a sus amos? Le dejamos las preguntas a los elaboradores del índice, porque toman principalmente como indicador el PIB per cápita, la esperanza de vida saludable y el apoyo social; mientras que parece estar fuera la satisfacción personal o individual y la violencia interna. Pero los que acumulan riqueza no se contentan con los bienes, sino que influyen desproporcionalmente en las decisiones políticas, ya sea frenando legislación protectora del ambiente o la libertad (facebook, amazon, oracle), e influyen desproporcionalmente en los procesos políticos; la oligarquía mexicana lleva más de 15 años financiando una guerra sucia contra López Obrador y financiando a la ultraderecha. El índice está avalado por la ONU, y es una cuestión política que el dato choque con la realidad, porque bien dicen los que abogan por el principio de Procasto: si la realidad no se ajusta al índice, que se joda la realidad.

La política como arte

Otro ángulo considera que la política es

un arte. Según el diccionario, arte es un nombre ambiguo: actividad en la que el hombre recrea, con una finalidad estética, un aspecto de la realidad o un sentimiento en formas bellas, valiéndose de la materia, la imagen o el sonido. Dentro de la ambigüedad la política queda lejos de la metáfora, aunque un optimista como Clinton, que no podía no serlo después de una exitosa carrera política, dice que una parte de las campañas electorales es poética, aunque en muchas ocasiones la práctica política no se acerca a la estética y se aleja de la ética, como el mismo Clinton mostró.

La noción de que la política es el arte de tomar el poder, de conservarlo y utilizarlo, es problemática, porque implica acomodar en el mismo cajón la toma del poder por medio de elecciones, o por medio de un golpe de estado; o mantenerse en el poder con elecciones, o con poderes dictatoriales o el terror, lo que no tiene nada de estético ni ético.

Otro tema interesante y estético, es el papel del arte en la política; y muchos artistas (Ehrenberg) lo relacionan con la creación de conciencia social y política, que se inclina por el bien para todos, aunque el todos es una dimensión difícil de alcanzar en política.

El arte de gobernar supone un propósito altruista, ético y estético, pero es desmentido por la realidad, donde esos buenos propósitos son engañosos al ocultar agendas políticas, produciendo que la política sea un engaño acompañado de manipulación social; con la llegada de la mercadotecnia política encontramos que la política manipula emociones, distorsiona percepciones y refuerza el engaño.

El motivo o propósito para la toma y utilización del poder se asocia con un abanico de elementos que incluye filantropía, egoísmo, ambición, valores ideológico-políticos que involucran auto-gratificación y deseos de guiar a la sociedad en cierta dirección. Alguno de estos elementos adquiere preponderancia dependiendo del sistema y del personaje que toma el poder, así que el egoísmo se sobrepone a la filantropía.

Los procesos políticos contienen elementos que alteran la formalidad y las normas establecidas como las trampas, fraudes políticos y electorales o asesinatos políticos, los que no son cosa nueva. En la larga lista de asesinados ilustres están el griego Sócrates, el romano Julio César, y aquí paramos porque esta no es una nota necrológica, ni tenemos el espacio para ampliar la lista de todos,



cuyo asesinato desembocó en grandes y pequeñas guerras (Franz Joseph), o bloqueó las posibilidades de paz (Isaac Rabin). La trampa y el asesinato político han sido factores que descarrilan procesos electorales y han inclinado la política en el mundo en contra del deseo de las mayorías.

Yehezkel Dror, después de estudiar oficinas presidenciales en el mundo, llegó a la conclusión de que el problema está en la capacidad de gobernar: los gobernantes carecen de educación tecnológica, no miden las consecuencias de sus decisiones y operan con paradigmas obsoletos, cuestión que se agrava al encontrar que la humanidad tiene el riesgo de destruirse a sí misma y el liderazgo existente carece de la capacidad para evitarlo. De ahí que él recomienda las características y habilidades que deben tener los políticos para salvar a la humanidad de sí misma; o sea que hay que preparar, entrenar y educar a los políticos, cosa que la política por sí misma no garantiza. Regresando a Aristóteles: la ética desemboca en la política y es parte de la ciencia política, para poder formar gobernantes virtuosos.

El estudio de la política. Teoría y praxis

La realidad es compleja y también lo es el estudio de la política: algunos hacen historia política, filosofía política que llega hasta la especulación, otros hacen sociología política, política comparada, ecología política, antropología política, política internacional; y los que abordan al gobierno como cuestión administrativa; una buena cantidad de los estudios trata de validar conclusiones pre establecidas por medio de largas disquisi-

ciones, otros parten del ya mencionado principio del lecho de Procasto, del que se desprende la consideración fundacional de que si la realidad no se ajusta a la teoría, que se joda la realidad.

Los académicos no están, por mucho que tratan de simularlo, fuera de la realidad –la torre de marfil es una mala metáfora–, igual que los políticos buscan cambiarla según sus inclinaciones ideológicas. Es la tesis XI de Marx sobre Feuerbach, que tratan de aplicar hasta los que no leyeron a Marx: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”. Es posible que el judaísmo subconsciente de Marx se coló en la tesis, en el judaísmo existe el principio del *tikun olam*, literalmente reparar el mundo, y consiste en esas acciones para mejorar/aliviar nuestro entorno definido muy ampliamente.

El estudio de la política es por sí mismo un acto político y se basa en relaciones, del estudioso y del estudiado; he tenido la experiencia de tener tres artículos arbitrados por personas que rechazan políticamente lo escrito, antepusieron sus relaciones y compromisos político-ideológicos al análisis académico (algunos tampoco entendieron lo escrito). Esta dependencia de las relaciones, el compromiso y el escaso entendimiento de los análisis le resta científicidad al estudio de la política. Un amigo sociólogo me indica sobre la resistencia a aceptar lo innovador en las ciencias sociales.

Esta condición debe asumirse como realidad de disciplinas que abordan elementos subjetivos, elementos desconocidos y algunos imaginados, que desembocan en ese afán por estudiar la



realidad para cambiarla, esfuerzo loable, solo se requiere que lo acepten abiertamente. La academia militante tiene un lugar en el mundo, no hace falta que se escuden en un empirismo absurdo.

Pero como muchas cosas que se distorsionan, la tesis llega a adquirir tonos mesiánicos, al grado que encontramos a algunos que quieren dar cursos de ciudadanía, porque los ciudadanos no saben cómo serlo; o los que piensan/sienten/desean que deben tener el monopolio de las instituciones de control electoral, no obstante esa mezcla perversa de carecer de educación ética y tener amplia ambición de poder y riqueza, así que al subirse al tabique del poder se marean y realizan todo tipo de abusos, y con eso validan la tesis de Jorge López, autor en este monográfico: “pobres de los doctores en Ciencia Política, tan cerca de la política y tan lejos de la ciencia”; para ellos más vale acercarse al poder desde una posición de fuerza.

Encontramos entonces que políticos y “científicos” políticos se asemejan en que validan la noción de que la política sirve para satisfacer egos y ambiciones.

Política, relaciones y conflicto

Hay una inclinación, correcta por cierto, a asumir a la política como la práctica y el estudio de relaciones, que se imprimen para sujetos y objetos.

Los politólogos han confundido históricamente la famosa definición de Aristóteles de que el hombre (patriarcado dirán las feministas) es un animal político (ζῷον πολιτικόν), aunque hay expertos que consideran que el filósofo se refería a que el hombre es un animal social, que al ubicarse en relación al poder sus relaciones sociales se convierten en políticas. Interesante problema que puede considerar que las relaciones sociales son políticas, que las relaciones políticas son sociales, que ciertas relaciones son sociales y otras son políticas; o sea, relaciones que involucran poder o su ausencia, especulación sin mucho mérito, porque posiblemente no existan relaciones sociales sin poder (cualquier tipo de poder); este debate puede llevarnos a una cuestión similar al origen del huevo o la gallina, o al planteamiento marxista de la preponderancia de la economía sobre la política, o viceversa; visto de otra manera, las relaciones sociales son relaciones de poder y eso es por definición político. Compliquemos el argumento con la consideración de Hobbes de que el hombre es el lobo del hombre (*homo homini lupus*) de donde se desprende que el hombre es un animal depredador por naturaleza; luego entonces, las relaciones entre los hombres (y mujeres) son por la supervivencia y en contra de la depredación, lo que sintetiza la esencia de

la política y la naturaleza del hombre, la política es el ejercicio de la depredación y en ese sentido no es un fracaso.

Una parte importante del análisis político “convencional” parte del principio de que en todos los sistemas y posiblemente relaciones existe conflicto. Spektorowski aborda en este monográfico la visión de Schmitt, quien separa dicotómicamente al amigo del enemigo, la lucha de los contrarios y siempre hay contrarios; sin embargo, confrontémoslo con el enfoque anarquista de Kropotkin, que considera que el desarrollo de la civilización puede partir del análisis de la ayuda mutua, lo que nos lleva a la concepción de la política como el ejercicio de la ayuda, de la filantropía, de hacer el bien, es el ya mencionado concepto judío de Tikun Olam, literalmente reparar el mundo, o hacer el bien, que a la luz de lo que hemos visto es un fracaso.

Considerar las visiones de conflicto y ayuda mutua que conviven y se enfrentan, enriquece el estudio y la práctica de la política, pero el egoísmo de los políticos (prácticos y sus estudiosos) normalmente excluye una de ellas y con ello contribuye al fracaso de la política.

* University of Texas, Austin.

El porqué del fracaso de la política

José Luis Talancón E.



C iudad de México.- Reflexionar histórica y filosóficamente el fracaso de la dimensión más sublime de la naturaleza humana –cuyo eje problemático fue desplazar las leyes de su ámbito divino, para construir andamiajes jurídico-políticos desde el ámbito humano– es un reto colosal, que implica un trabajo multidisciplinario de excavación en el pensamiento clásico, moderno y contemporáneo. La distancia entre el pensamiento cada vez más rico y diverso, se encuentra ante la realidad como un pez fuera del agua. En la dimensión política concurren múltiples causalidades de la condición humana que rebasan la alta especialización y son insuficientemente pensadas, y hacen fracasar a la política de manera muy diferenciada ha-

ciendo paradójicamente imprescindible la dimensión política.

La primera observación tiene que ver con la ecuación entre mercado y democracia. Al amanecer de la modernidad, no todas las sociedades reunían las condiciones para manejar el binomio entre comercio y ciudadanía participativa. Monarquías e imperios navales contra colonias y territorios continentales, detonaron la necesidad de construir estados frágiles y apropiación de conocimientos que despuntarían capacidades productivas locales, que implicarían trabajo asalariado y remunerado y desplazar al esclavismo coercitivo, como herramienta colonial fundamental en aquellos siglos, que van del Renacimiento a la Ilustración.

El siglo XIX, como el siglo de las movilizaciones sociales y guerras de independencia, el Estado surge como árbitro para equilibrar la balanza entre oligarquías criollas y poblaciones indígenas y campesinas en todo el continente. Urgía dar el paso de la coerción a la producción dirigido por Estados frágiles y sin disciplina ni recursos para formar instituciones, escuelas, ejércitos, burocracias, administración y haciendas, control de aduanas y puertos. De ahí la aparición de caudillos y personalidades que experimentaron el poder y la fuerza sin construir ciudadanía, obra pública ni mercados.

El fracaso de la política tiene que ver con esa incapacidad para mantener la soberanía al mismo ritmo que la expansión del mercado interno: Economía Política es justo eso, mercado interno fuerte delimitado políticamente con fronteras bien administradas por un Estado fuerte. Y ese ha sido nuestro *sino* histórico. Desde Obregón, que a falta de reconocimiento de Washington negoció y se subordinó en 1923. José Vasconcelos lo vivió y desde entonces denominó a los gobiernos revolucionarios como simples administradores proconsulares.

En un contexto más amplio, ubico en nuestro presente la causa de tal fracaso en el fin del monopolio del ejercicio de la violencia por parte del Estado. Ha caducado la definición de Max Weber respecto a que, como garante de la Ley, el Estado se reserva el privilegio de estar armado y ejercer la violencia. Las formas en que fue gestionado el conflicto político entre clases, naciones, creencias, culturas y civilizaciones dependió de la fuerza del Estado para equilibrar contrapesos y echar a andar una dinámica institucional donde cupieran todas las diferencias sociales con capacidad para soportar la pluralidad y la libertad en los cauces de la Ley. Hoy el agua ha salido de su cauce. Y si en un primer momento consideramos al fracaso de la política como el triunfo de los mercaderes, el mercado y el gran capital, la claudicación de la fuerza social y su armazón política a través del Estado, significaría que asistimos al quiebre de ese paradigma weberiano. Hoy existen fuerzas y poderes fácticos que le han arrebatado el privilegio de ser garante de la paz y la seguridad. No lo podemos negar, a escala local y mundial, piratería, capitalismo salvaje y violencia escenifican el fracaso de la política, desplazan a la Ley la guerra y la imposición del más fuerte.



Un segundo factor en el fracaso de la política es la determinación económica que condiciona la existencia humana. La Necesidad acaba por imponer su marcha y sus leyes en todas las escalas de la condición humana, individual, familiar, local y mundial. El mercado sigue detonando energías, saberes, innovaciones y movilización, en un aparente naufragio en el océano de interpretaciones líquidas y fugaces. La fenomenología política se sumerge en un caos teórico generalizado que poco ayuda a comprender la realidad con la que la fuerza, la guerra y los imperios se combinan con el mercado para detonar energías y competir fuertes y débiles en la satisfacción de necesidades. Estructuras y sujetos se debaten entre libertad y opresión. Pero todo está sujeto al aceleramiento y a la escasez de tiempo en el momento de la mundialización. También *es* proclamó Cyril Connolly “la hora de cerrar en los jardines de Occidente”. Somos Roma en su febril y macabro decadencia. “Después de haber gobernado dos hemisferios, Occidente se está convirtiendo ahora en el hazmerreír de ambos: sutiles espectros, fin del trayecto en el sentido literal, condenados a la condición de parias, de endebles y tambaleantes esclavos”.¹ Una incapacidad para apuntalar gobernanza a escala supranacional que regule las profundas desigualdades a la hora de asumir grandes riesgos ante la proliferación de incendios y catástrofes naturales derivados del efecto invernadero y que rebasan las capacidades estatales y locales para enfrentar la era del Antropoceno.

Tal vez, la toma de Kabul y de todo Afganistán por los talibanes, sea un signo de los tiempos y el mayor fracaso de la política a nivel mundial. El triunfo de la barbarie que se apropia de las estructuras políticas del principal proveedor de heroína a Occidente y que mantiene

la actitud de someter, esclavizar y dominar a la otra mitad de la humanidad: las mujeres. Como bien señalaba Engels en el siglo XIX: *Afganistán es el cementerio de los imperios*.

Un tercer factor que acusaría el fracaso de la política tal como la teníamos concebida es que asistimos a una inestable y fracturada mundialización que nos hace perder de vista la naturaleza conflictiva de una naturaleza sometida a una gran artificialidad. La determinación tecnificada convive con una combustible combinación de ignorancia y velocidad de consumo de información que las redes propulsan e irritan y alteran el sistema nervioso y el inconsciente colectivo. El pánico ante la pandemia que sorprendió a la humanidad antecedió a la perspectiva científica y eclipsó la velocidad con que las ciencias bacteriológicas fueron capaces de producir vacunas en escalas inimaginables en otra época. Este señalamiento cobra importancia cuando el fracaso de la política tiene lugar en sociedades hiper-tecnificadas, la irritación mediática vehiculiza el miedo. Ello nos remite directamente a una cuarta causa que identifico como sustancial en el fracaso de la política: la pérdida de un valor fundamental en la historia de las sociedades postindustriales: la confianza.

La confianza entre los seres humanos que disfrutaban la conversación por la transparencia que existe en el lenguaje, a la hora de mudarse a la dinámica institucional propias de las democracias representativas, se diluye y es desplazada por una suspicacia y pérdida de credibilidad. Porque en la era moderna se cruzaron entre la realidad política y la ciudadanía en formación una mediación de objetos técnicos que contribuyen a la desaparición de la confianza entre los sujetos. Reducida la política a decisiones técnicas que pasan por altos contenidos científicos escapan a la comprensión ciudadana.

Si bien la odisea moderna comenzó con una gran confianza en la idea del Progreso que acompañó al ferrocarril e incluso al motor de combustión interna, derivados de la misma confianza que despertó el orgullo de la física clásica ante el poder colectivo adquirido por las ecuaciones que descodifican la Ley de la gravitación Universal o las Leyes de la Termodinámica, hoy esa confianza y ese orgullo han desaparecido ante compañías que median nuestra socialización y nuestra relación con la realidad real:

Google, Amazon, Facebook, Baidu, Alibaba, etcétera. Hoy el quiebre entre el pensamiento y la realidad, pasa por la desconfianza en nuevas figuras del dinero ante la probable desaparición del papel moneda. La vida es una multiplicación de *block-chains*, de cadenas bloqueadas, encriptamiento de monedas, donde candados, contraseñas, devaluaciones y hackers se multiplican en un mundo de masas estúpidas y edificios “inteligentes”. Las ventajas del poder se hacen evidentes. La posibilidad de manipular políticamente la democracia representativa y a la ciudadanía lo hemos visto con muchísimos ejemplos los últimos años.

La transición digital y virtual de la comunicación humana significa hoy multiplicar la posibilidad original del lenguaje de ocultar la verdad y dejar pasar la mentira. El discurso político por eso es cínico. O como dijera Peter Sloterdijk, se hace necesaria la *Crítica de la razón cínica*, pues ya son muy altos los costos no deseados de la racionalidad individual sometida a la vorágine de la irracionalidad colectiva.

La realidad se convierte en un delirio consensuado que requiere de calmantes y psicotrópicos, para vivir la gran paradoja de la época: Todo es política en la era del mayor fracaso de la política en la historia. Nuestra percepción de la realidad se funde en el imaginario histórico de un conflicto político permanente. Indagar en torno al milenario contrapunteo que idealismos y realismos han tejido de manera espiral para explicar la condición binaria de la especie humana no acaba de explicar la potente capacidad tanto para *construir* bibliotecas como para *destruirlas*. Debates milenarios entre paraísos celestiales y utopías terrenales han dividido a psiques, pueblos, razas, religiones y naciones. Nos negamos a creer que el marxismo se ha convertido en una pesadilla o enraciado en una serie de gestos y metáforas tan vacíos y corrosivos como los del liberalismo clásico occidental.

Pero no debiera extrañarnos, pues como bien señaló en su momento H. Arendt, “Que ese comienzo – mítico de la política- deba estar íntimamente ligado a la violencia parece perfectamente confirmado por la legendaria génesis de nuestra historia, tanto en la tradición bíblica como en la clásica: Caín mata a



Abel y Rómulo mata a Remo; la violencia ha sido desde el comienzo, y ningún comienzo ha podido existir sin usar la violencia, sin una violación.”² Dos tardes también abrieron la violencia política en la historia de Occidente, el sacrificio a Jesús en la cruz y la decisión en asamblea de obligar a Sócrates a beber la cicuta. La esfera pública lleva la impronta de la violencia desde entonces. En la paz, como en la guerra, la orden y el mando se siguen con obediencia y disciplina militar y civil. La delgada línea que divide a la civilización de la barbarie pasa por la relación contractual en la esfera del trabajo: Y occidente trae una larga cola de historia de esclavismo que todas las movilizaciones del siglo XIX, con muchas dificultades y en pocos países lograron que sea justamente remunerado. Y las relaciones entre imperios y colonias se rige por una paridad cambiaria tan desigual como sutil, porque expresa niveles de productividad y términos de intercambio entre recursos naturales y tecnología.

La Filosofía de la Historia consigna que tanto el *logos* de la *physis* de los griegos, el mito divino judeocristiano, y el *logos* del Hombre moderno después del Renacimiento, apuntan y se dirigen a la necesidad histórica y política de instrumentar mecanismos para reducir la violencia como forma de vida entre individuos, clases y naciones, como en contra de la Naturaleza.

El fracaso de la política aparece ante las dificultades para desarrollar una *lógica política planetaria* que regule y ajuste los engranajes de las maquinarias de

los Estados-Nacionales entrampados desde principios del siglo XIX, cuando los combustibles fósiles comenzaron sus emisiones hasta saturar atmósferas, océanos, continentes y costas. Hoy cuando la Sociología histórica incorpora la determinación técnica y la Historia ambiental registra desastres que nos ubican en el umbral de irreversibilidad, aparecen complejos y rebasados, trastocados los acuerdos y los Contratos sociales de la época clásica. En las relaciones multilaterales y los conflictos geopolíticos regionales pareciera que los sujetos además de confundidos entre los objetos, los sistemas y las leyes que no se cumplen, la ciudadanía queda resguardada en los intereses nacionales y no se auto concibe como una sola especie que ha puesto al planeta en riesgo, más allá de nacionalismos, movilizaciones y comunicaciones globales. Lo inédito de nuestra situación consiste en que se han mezclado los criterios de precisión y exactitud que rigen el trabajo de la ciencia con el espacio de la política en el que se trata de generar confianza y de elegir. Se ha roto la cómoda distinción entre los hombres y las cosas, entre los hechos y los valores, entre las dos culturas (Las ciencias y las letras).³

Las revoluciones políticas autorizaron la criminalidad desde el poder, comenzando por Robespierre y luego Lenin y Stalin. legitimada por los conflictos entre creencias religiosas e ideologías políticas deja aún abierta esa ventana por donde entran cada vez más intensos y fríos vientos de incompreensión e incertidumbre ante la incapacidad para

¹ George Steiner comentando la biografía de M. Cioran, el filósofo de la desesperación cultural en la revista *New Yorker*. Pp288

² H. Arendt, *Sobre la revolución*, cit., p.24. Pareciera que el crimen es legendario y forma parte sustancial de la historia de la humanidad occidental, como si una vez más el fratricidio debiese ser el origen de la hermandad y la bestialidad la fuente de la humanidad.

³ Daniel Innerarity. *La democracia del conocimiento. Por una sociedad inteligente*. Pp 119.

moldear y reducir la animalidad en lo humano.

El cerebro y la mano ya implican una división corporal *natural* del trabajo que se trasladó a la *historia* del cuerpo social desde el inicio de su evolución. La orden y su cumplimiento no estuvo exenta de violencia conforme se fue ampliando la división social del trabajo.

Y nuestro *sino* es que desde entonces, el derecho ha quedado engullido por la política, la historia por la naturaleza, la igualdad por la jerarquía y la libertad de todos por el “Yo” supremo, que ha caracterizado todos los ejercicios del poder revestidos de todas las aspiraciones ideales y abstractas que le han servido para mentir.⁴

Las tres fases por las que atraviesan las relaciones entre los seres humanos, por la fuerza, por la competitividad o por el saber, coerción, producción y cognición, de acuerdo a la tríada explicativa de la estructura de la historia humana planteada por Ernest Gellner,⁵ dio lugar de manera simultáneamente, al flujo de energías sociales de manera circular, conforme los pueblos y las ciudades Estado, entreveraron sus alcances técnicos y opciones socio-políticas entre democracias, oligarquías e imperios en un proceso de globalización y movilización acelerada y competencias de grados de productividad.

La definición de Aristóteles del hombre como *Zoon politikon*, está subordinada a una animalidad humana ligada a la inmediatez de la capacidad para producir satisfactores. Desde entonces la causalidad inicial detona la capacidad de negociación dada por la dimensión económica primigenia. Producir satisfactores, hacer un pastel y decidir a quién le toca el tamaño de la rebanada es ya una decisión política derivada de la capacidad de producir y distribuir riqueza. El poder político deriva su fuerza del productor y el mercader, a quien le promete seguridad en las caravanas y en las transacciones con ejércitos pagados con sus impuestos. Esta implica redimensionar la creciente y evolutiva naturaleza dependiente que la política tiene de la esfera económica. Y ésta es una cuestión de vida o muerte, así como la naturaleza humana exige un ritual sagrado y cotidiano tanto si no comes, como con quien comes. Si no comes y además no comes con tu mujer te mueres. La Última Cena, cuadro enigmático del ritual mítico es pintado y reproducido en cuanto a las



relaciones sociales en torno a la mesa: para comer y negociar.

Curiosamente, además de las herramientas, la fundición de metales, el conocimiento mismo de la Naturaleza y su prodigiosa diversidad, lo más historiable además de la ciencia y la técnica, lo más común a encontrar en las bibliotecas y las enciclopedias es la historia de las guerras y del conflicto político, que está presente tanto en la guerra como en la paz. Precisamente por eso lo dijo Clausewitz, la política es la continuación de la guerra por otros medios. (...) Pero también ha sido historiable y muy contada la historia de las mediciones de todo, áreas, volúmenes, tiempo, temperaturas, distancias, pesos, alturas, para facilitar intercambios y comercio, reducir conflictos entre los vecinos y evitar que escalen a la dimensión política y al enfrentamiento entre todas las diferencias humanas de alta rentabilidad política, como han sido las creencias, mitos, ideas, colores de piel, lenguas, debilidades, vicios y virtudes codicias injertadas o endógenas que despiertan desde la antigüedad las propiedades en la animalidad y humanidad desplegada a lo largo del tiempo.

El conflicto político abre el espectro de las fórmulas políticas creadas a través de la historia, oligarquías, monarquías, cesarismos, absolutismos, totalitarismos, parlamentarismos, democracias, se han ido encontrando con mecanismos para evitar el engaño y la impunidad ante la ley. En la misma medida en que han crecido las herramientas para arbitrar en los deportes y clarificar si la bola cayó adentro o afuera. El conflicto político ha estado presente en las tres dimensiones por las que han evolucionado las relaciones humanas: por la Coerción y la dominación, por la Producción y el trabajo

en cooperación o de alta competitividad y por la Cognición, es decir la constante expansión del conocimiento que lleva el vector de nivelación social más eficiente en la historia, que constituye hoy la herramienta más valiosa para reducir los conflictos políticos y la eficacia de la política, a partir por ejemplo de implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza. Poner orden en los paraísos fiscales que crecieron como hongos de la era Reagan-Teacher y luego como reacción emergieron nacionalismos y poderes con aspiraciones absolutistas.

Retomo el análisis de la fuerza de la movilización total al inicio de la Edad Moderna para contextualizar nuestro presente. Decimos que del Renacimiento al siglo Ilustrado regresó con mucho mayor intensidad la prioridad griega del mundo Clásico: el conocimiento. Insisto en mi hipótesis metodológica principal de trabajo: El inicio de la era Técnica que desputa al inicio del Sistema Mundo, detonó al saber y al conocimiento teórico-práctico y a la investigación sistemática como la fuerza principal que penetra la Naturaleza y a la sociedad con el establecimiento de Leyes científicas y conocimientos prácticos, con los cuales se accede a verdades medibles y comprobables. Esto dio origen a un cambio en las reglas del juego societal y la movilidad implícita a partir de una conciencia auto emancipadora que limpia el cielo de mitos. Por eso son los ingenieros los más escandalizados con la estulticia que implica lo que los periodistas validan como “la era de la postverdad”, induciendo la llegada al poder del cretinismo de “los otros datos”. El desastre ocasionado, los excesos de los fracasos de la política llegan hoy a extremos de negar la evidencia científica: desde los negacionistas de la vacuna y la existencia de la vida viral

y microbiana hasta los terraplanistas y conspiracionistas de toda ralea.

Si seguimos en la órbita de la racionalidad ilustrada, es porque la ciencia sigue haciendo posible la viabilidad social, la movilidad y la comunicación entre las comunidades científicas, entre todas las culturas y todas las naciones, pero el conflicto político de manera simultánea sigue violentando a los actores que se encuentran en los polos de la Coerción: esclavitud y flujos migratorios; Producción: paridades cambiarias, economías informales, piraterías de pieles, drogas, herbolarias para curar y envenenar, prohibiciones que generan plusvalías; Cognición: contradicción entre potentes tecnologías y analfabetismos de todas las intensidades; a mayor conocimiento científico mayor ignorancia. “Cuando hablamos de energía nuclear, configuración financiera del mundo, organismos genéticamente modificados, o uso de determinadas sustancias químicas, o manipulación de algunos virus, apenas se pueden trazar los límites entre la producción metódicamente controlada del conocimiento científico y su aplicación en contextos sociales y ecológicos abiertos. En la medida en que la sociedad y la naturaleza se convierten en laboratorios, la autonomía de la ciencia es un principio que requiere una nueva legitimación.”⁶ Como un gobierno de algoritmos y programas de vigilancia en el ciberespacio requieren un nuevo contrato social frente a las mayores paradojas políticas: ¿Quién vigila al vigilante?, ¿Quién enjuicia a los jueces? ¿Quién comprueba y mide la autoridad de los intérpretes de los deseos y las demandas y necesidades sociales? ¿Quién gobierna al gobernante? ¿Quién interpreta a los exegetas? ¿Quién evalúa al evaluador?

Sin duda estas preguntas ahondarán el problema de la política cuando la inteligencia artificial y la computación cuántica formen parte del conjunto de herramientas complejas, que como el fuego, la electricidad y el Internet, transformaron la esfera laboral, las relaciones sociales, el ejercicio del poder y la misma naturaleza humana.

Cabría preguntarse en esta formidable transición y cambio de piel de la civilización hacia el ciberespacio y la digitalización de la experiencia de vida: ¿Quién produce a quien, la Técnica a la sociedad, o la sociedad a la Técnica? ¿Cómo están imbricadas las subjetividades y los sistemas sociotécnicos? ¿Como

se democratizará el conocimiento ante los niveles de calidad ciudadana socialmente producidos particularmente en países donde el periodismo es fácilmente sometido o comprado por el poder?

El progreso técnico ya rebasó las estructuras organizativas que hacían viable las instituciones públicas y el juego democrático que hacían viable la Política. Tanto a escala mundial como local. Llegamos tarde para salvar a los Estados Nacionales y muy temprano para la construcción de un poder supranacional, un Estado cosmopolita mundial, tal como lo concibieron Kant en su momento y el presidente Wilson al final de la Primera Guerra Mundial.

A esta hora de la interconexión mundial es cuando es más importante pensar en la idea del conocimiento para reducir diferencias y elevar identidades, tal como señala Daniel Innerarity, “el conocimiento, más que un medio para saber es un instrumento para convivir. Su función más importante no consiste en reflejar una supuesta verdad objetiva, adecuando nuestras percepciones a la realidad exterior, sino convertirse en el dispositivo más poderoso a la hora de configurar un espacio democrático de vida común entre los seres humanos.”⁷

Tomar en serio, existencialmente, la cuestión del significado de la vida y la muerte humanas en un planeta brutalmente tratado y arrasado, indagar el valor o futilidad de la acción política y la planificación social no es meramente arriesgar la salud personal o el consuelo del amor corriente: es poner en peligro la razón misma.

Concluyo con una reflexión que plantea Peter Sloterdijk en su libro *La muerte aparente del pensar*, en el cual sugiere cuatro momentos que modificaron la historia de la relación entre *saber* y *poder*. Lo cito porque nos da una perspectiva histórica de largo aliento, en donde la relación entre filosofía y política, en una danza cambiante y oscilatoria entre ama y sierva, pueden resultar propositivos para ampliar la explicación del fracaso de la filosofía y de la política.

En un primer momento la filosofía antigua se presentaría como una señora que quiso hacer de la política su sierva (Platón proponiendo a los filósofos como gobernantes). En un segundo acto, en la Era Cristiana, ella misma se convierte en sierva de la teología. Poco después, al momento del Renacimiento, la filosofía moderna realizó un nuevo intento de

hacerse el alma del mundo, con Bacon y Descartes, pero solo pudo llevarse a cabo esa pretensión liberando de sí misma a las ciencias que, a su vez, se convirtieron en siervas del alma fáustica: La Técnica. Finalmente, la filosofía pierde la batalla contra el poder en toda línea (piénsese en la humillación de Heidegger, por un compromiso político equivocado, y en la voluntaria venta rebajada de sí mismo de Sartre, tomando deshonestamente partido por una dictadura bárbara). Tras su derrota, la filosofía consiente en ser la sierva o la recepcionista de la democracia. Esta subordinación final caracteriza a la filosofía académica en la actualidad y le imprime, casi siempre y por doquier, una conciencia infeliz, tanto por lo que respecta a su concepto universal, como a su concepto escolar. Desde la traslación de la soberanía de la teoría del arte, llevada a cabo por la modernidad, una filosofía no subalterna sólo es posible ya por una alianza con las artes.⁸

* UNAM-CEPE.

Bibliografía

- Roberto Espósito. *Confines de lo político. Nueve pensamientos sobre política*. Edit. Trotta. Madrid 1996
- Daniel Innerarity. *Política para perplejos*. Galaxia Gutenberg. Barcelona 2018
- _____. *La democracia del conocimiento*. Paidós. Barcelona 2016
- Ernest Gellner. *El arado, la espada y el libro. La estructura de la historia humana*. Edit. Península. Londres 1994.
- Giovanni Sartori. *La carrera hacia ningún lugar. Diez lecciones sobre nuestra sociedad en peligro*. Taurus. Barcelona 2016.
- Peter Sloterdijk *Muerte aparente en el pensar. Sobre filosofía y ciencia como ejercicio*. Siruela. Barcelona 1994.
- George Steiner *En The New Yorker*. Siruela. El Ojo del tiempo. Madrid 2020
- Max Stirner. *El único y su propiedad*. Sexto Piso. Coyoacán. 2014
- Jose Luis Talancón. *Genesis de la desorientación moderna. Una aproximación a la relación histórica entre tecnología y democracia en Occidente*. Cepe-UNAM. 2016.

⁴ Antonio Hermosa. *Libertad y paz: una existencia problemática y una coexistencia conflictiva*. P.56.

⁵ Ernest Gellner. *El arado, la espada y el libro. La estructura de la historia humana*.

⁶ Daniel Innerarity. *La democracia del conocimiento. Por una sociedad inteligente*. Pp117.

⁷ D. Innerarity. *La democracia del conocimiento*. Op cit. Pp 109.

⁸ Peter Sloterdijk, *Muerte aparente en el pensar. Sobre filosofía y ciencia como ejercicio*. Siruela. Barcelona 1994. Pp 74

La política ha muerto y está más viva que nunca. El desafío del resurgimiento de Carl Schmitt

Alberto Spektorowski

Tel Aviv.- Probablemente no hay un filósofo político más insultado y despreciado por el *establishment* liberal que Carl Schmitt. Nadie podía negar su capacidad y originalidad en la definición del concepto de la política, pero sin duda alguna su filosofía política, como su actividad política al servicio del Tercer Reich, lo han transformado en una personalidad repulsiva para el liberalismo. Como mencionaba el sociólogo político Giovanni Sartori, se podría definir sencillamente que era el liberalismo simplemente resaltando todo lo que Schmitt no era.

La pregunta entonces es para qué y por qué relacionarnos hoy nuevamente con un pensador fascista, a fin de pensar o repensarla política en base a algunas de sus ideas especialmente expresadas en su famoso texto *El concepto de lo Político*. Se podría decir que para estudiantes de Ciencias Políticas el libro *El Concepto de lo Político*, de Schmitt, se equipara a lo que para estudiantes de filosofía sería *El ser y el tiempo*, de Martin Heidegger, uno de los filósofos más importantes del siglo 20, que también estuvo asociado a los nazis.

Pero más importante que el relacionarnos con Schmitt desde el punto de vista académico, la pregunta es por qué se ha visto en las últimas décadas, especialmente desde el fin de la Guerra Fría y del mundo comunista, un renovado interés por Carl Schmitt. Este cuestionamiento se vuelve más interesante, cuando los interesados en Schmitt y su concepto de la política, no provienen solo de una derecha fascista nostálgica,

sino también de una izquierda post comunista. Artículos de y sobre Carl Schmitt aparecieron muy seguido en la revista de la nueva izquierda americana *Telos*, por ejemplo. Ello al mismo tiempo que la sofisticada Nueva Derecha francesa, liderada por Alain de Benoist, tomaba el proyecto de restablecer y remarcar el proyecto intelectual de la Revolución Conservadora de Weimar, de la década de 1930, de la cual Carl Schmitt fue uno de sus máximos exponentes.

Debemos entender el momento histórico en que ambos procesos intelectuales se dan, y cómo precedieron el resurgir del populismo de la última década. Como es bien sabido, el momento en que el mundo comunista cae, comenzó una época de gran optimismo marcada por el triunfo del liberalismo. Habiendo derrotado al fascismo en la Segunda Guerra Mundial y al comunismo con el fin de la guerra fría, era fácil imaginarse, como lo hizo Francis Fukuyama, que estábamos en el fin de la historia, o mejor dicho, en el fin de las luchas ideológicas serias. Bajo una mirada etnocéntrica, los países occidentales y la filosofía política occidental se aproximaban a una conclusión problemática. No era este el fin de la política por supuesto, pero en este nuevo mundo de la política los problemas deberían resolverse bajo una perspectiva liberal, sostenida en los valores que dominarían el discurso político liberal. Derechos humanos, protección de minorías, multiculturalidad, y una creciente legalización y tecnificación de la política. El nuevo mundo de la política es-



taría dominado en cierto sentido por una síntesis de racionalismo técnico liberal y un universalismo moral. Las disputas políticas entonces, estarían controladas por una base legal constitucional, dirigida por instituciones tanto nacionales como universales, cuyo primer cometido era la protección de valores comunes para todos, basados en derechos universales inherentes al ser humano.

En el campo de la economía, la tendencia se dirigía hacia un modelo universal hegemónico, de mercado libre, fronteras abiertas, y monetarista. No solo el comunismo totalitario era un tema del pasado perdido, como lo era el fascismo, sino que también la Social Democracia comenzó a verse como un modelo viejo y obsoleto, quizás operativo solo para los países nórdicos europeos. Era claro para los que impulsaron la "tercera-vía", tales como Anthony Giddens y Tony Blair, entre otros, que el socialismo democrático debería cambiar y adaptarse a las nuevas reglas de juego del neo liberalismo. Todos de alguna forma u otra interpretaban lo que Ronald In-

glehart de Harvard definiera como la entrada en la era "post-materialista", en la cual valores como identidades, expresión personal y calidad de vida en el mundo occidental desarrollado, superan los problemas del pasado, como la seguridad física y económica.¹

Este nuevo espíritu de adaptabilidad al neo liberalismo, no tiene solamente un significado económico, sino cultural, y no del todo negativo. A pesar de las críticas intensas contra la economía neo liberal, los movimientos identitarios, feministas, defensores de la inmigración, anti racistas, inclusive de defensa de la ecología y a favor de un desarrollo sustentable de defensa del medio ambiente, son productos de las derivaciones del neo liberalismo y están unidos a él. La apertura global, tanto económica como cultural, permitió el desarrollo de tales movimientos, y su lucha más que nunca se centra en "quitar del debate" político los derechos ya ganados; es decir, los derechos humanos a una vida sana y feliz.

Un gran número de liberales, en general académicos, han sido y son críticos de una de las derivaciones del neo liberalismo, como la creciente desigualdad, y el poder de grandes corporaciones tecnológicas. Pero quizás estos mismos liberales le pongan poca atención al concepto que el periodista del *New York Times*, Ross Douhat, acuñó en 2015 como "woke capitalism" (capitalismo despierto) del que ellos mismos forman parte. Douhat lo definió como la forma en que las empresas señalan su apoyo a las causas progresistas para mantener su influencia en la sociedad. Desde entonces, esta mentalidad no ha hecho más que crecer, ya que las corporaciones más grandes ahora están pesando en casi todos los temas importantes (y no tan importantes) de política pública y por lo general van de la mano de la otra derivación del neo liberalismo, que es la "woke culture" (cultura despierta que se refiere a todas las luchas contra el racismo, a favor de la inmigración y el multiculturalismo). Para Bill Gates y el Silicon Valley, la economía abier-

¹ Ronald Inglehart, "The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics" (1977)

ta y global, el descenso del poder de los gremios obreros van de la mano de la política de Black Lives Matter y la “green economy”. No hay contradicción entre mantener una economía abierta globalizada, en donde triunfan las grandes corporaciones en el mundo de la comunicación, y la voluntad política de defensa del medio ambiente, de la defensa de derechos humanos y culturales de minorías. Por supuesto que no hay ninguna duda que también grandes corporaciones petroleras, compañías de la construcción, etcétera, defienden intereses conservadores anti democráticos. Pero el momento histórico actual está lejos de la época en la cual el capitalismo corporativo apoyaba al fascismo, por el miedo al comunismo. Es decir, si bien es cierto que capitalistas apoyaron a Trump, también es cierto que corporaciones económicas y magnates como Soros apoyaron crecientemente la causas progresistas. No veían en ellas nada que afecte sus intereses corporativos.

Es así que el ataque central contra la ley conservadora y quizás racista promovida por la legislatura “pro Trump” de Georgia (Estados Unidos) para defender una “votación libre” en el estado de Georgia, fue llevado adelante por el CEO de Coca-Cola, James Quincey, el CEO de Delta Air Lines, Ed Bastian, y el presidente de la Fundación Ford, Darren Walker, entre otros. Este es un ejemplo de la América corporativa contra el reaccionarismo social y político.

Es entonces importante destacar que para el “capitalismo woke”, al igual que para las minorías étnicas y de inmigrantes, el peligro central proviene del levantamiento del “demos” irracional. En otras palabras, el miedo es de lo que se puede definir como una democracia nacional mayoritaria.

No hay diferencia en el miedo a la democracia mayoritaria que tienen los liberales hoy día, con el pavor que tenían los constitucionalistas (o “founding fathers”) de los Estados Unidos de América. Para estos últimos, siempre preocupados con

el faccionalismo, no había peor facción que la facción democrática; y no hay peor enemigo para los derechos individuales y para la razón, que el populismo democrático o la masa democrática.

La defensa del derecho a la propiedad, tanto como el derecho a la expresión de una minoría, se hace creando instituciones legales y técnicas que representen precisamente valores universales, no necesariamente democráticos. En cierta forma la política de derechos, afirma que no puede haber democracia sin derechos para todos. Al mismo tiempo, precisamente la defensa de derechos que sin ellos no puede haber democracia, contribuye paradójicamente a “despolitizar” para bien o para mal la política democrática. Para liberales en el mundo, definir tales parámetros de lo que se permite, es más que esencial. Quién podría decir lo contrario especialmente después de las dos guerras mundiales del siglo XX, cuando quedó claro qué es lo que representa la política nacionalista y el populismo racista. Quedaba claro entonces, que la lucha contra el racismo ciertamente no puede depender de mayorías populares soberanas. Las élites políticas y académicas ya desde el fin del siglo pasado entendían que tales derechos deben salirse del control soberano de la democracia nacional. Cuanto menos nacional y más liberal sea la democracia, cuanto mejor.

Como sugiere Jean Cohen, de la Universidad de Columbia, la nueva voluntad del Consejo de Seguridad (SC) de intervenir en casos de graves violaciones internas de los derechos humanos, y el desarrollo de tribunales supranacionales para hacer cumplir esos derechos, parecían indicar que los derechos básicos de todas las personas serían protegidos, incluso si sus propios estados no lo hacían.² Esto implica directa o indirectamente una creciente tecnificación y legalización de la política, al punto tal que el concepto “fin de la política”, aunque exagerado en cierta medida, muy ciertamente marcaba unas pautas

claras. La tolerancia liberal debía ser defendida por esquemas burocráticos profesionales. ¿Un politburó liberal? De cierta forma, como lo destaca Wendy Brown, la academia fue un pilar importante y determinante en la creación de la “burocratización del conocimiento”³. Los *baby boomers* que se revelaron contra la burocracia académica en nombre de la democracia en la década del 60, hoy son líderes del politburó intelectual tecnocrático, que le sirvió de base conceptual a la economía *woke* y a la despolitización de la política.

El problema de la despolitización de la política por el liberalismo tecnocrático y su cultura global, es precisamente el dilema al que nos lleva a Carl Schmitt.

Observadores como John McCormick, señalan que Schmitt hace hincapié en que las garantías constitucionales e institucionales de gobierno limitado, basadas en la gobernanza liberal, están formadas por una fuerza técnica neutralizadora.⁴ En otras palabras, la política, que representa la posibilidad siempre presente de conflicto, en realidad es neutralizada por la tecnología. Por otra parte, podemos argumentar que la crítica de Schmitt al liberalismo, en obras tan influyentes como *El concepto de lo político* (1927), o *La crisis de la democracia parlamentaria* (1923), son extensión de una crítica más general de la modernidad, que aparece por ejemplo en *Romanticismo político* (1919), o *Catolicismo romano y forma política* (1923).

Según Schmitt, desde el siglo XVI, el mundo europeo ha pasado de un marco de referencia teológico cristiano, a uno metafísico, que consagra al racionalismo como sistema neutral. Tal proceso caracterizado por la secularización, nos lleva al siglo XVII, en donde se desarrolla un marco de metafísica natural, y de certeza matemática. En ese campo neutral se resuelven los problemas de los asuntos humanos. El pasaje del marco metafísico a lo moral humanístico nos lleva al siglo XIX, en el cual el estado liberal europeo se presenta a

sí mismo como estado neutral y agnóstico, en el cual su propia existencia y legitimización se basa precisamente en la neutralidad⁵. Bajo esta tendencia liberal, el Estado se reduce a lo mínimo necesario, cuando la intención es neutralizarlo e impedir sus intervenciones en la Sociedad y en la Economía. El estado neutral deja el libre juego a las fuerzas sociales y económicas para que estas creen riqueza. Ese mismo espíritu basado en la espontaneidad social, rige también en la política parlamentaria, en donde la creencia es que bajo el diálogo racional se pueden transformar los intereses egoístas en una voluntad por encima de todos los partidos. El punto culminante llega en el siglo XX, que es cuando la técnica se vuelve religión. Este es el punto final del proceso de neutralización, que lleva al poder supremo del tecnicismo, según Schmitt.

En cierta manera, para Schmitt todos los conceptos fundamentales de la moderna teoría del Estado son “conceptos teológicos secularizados.”⁶ En realidad no es necesario que la política moderna se base en una doctrina, o en una moral religiosa específica. Lo que Schmitt destacaba era el sistema, la estructura. Pero la pregunta subsiguiente es si cualquier forma de pensamiento o hábitos de origen bíblico son conservados en el proceso de secularización y de modernización.

Para filósofos como Leo Strauss, no hay nada en Schmitt que nos diga qué tipo de ingredientes religiosos preserva la secularización. Sin embargo, aquí se crea una controversia, sobre el verdadero sentido que tomaba el concepto de la política para Schmitt, y cuya controversia influye en el debate político hasta el momento actual.

Comentaristas como Karl Löwith, ya en 1935 argumentaba que la teología política schmittiana se basaba en lo que se podría denominar como un formalismo decisionista, y esto conduciría a una política sin valores, a una suerte de nihilismo sin control.



El decisionismo, sin ninguna duda, era la parte central del concepto de lo político en Schmitt, y de allí Schmitt nos lleva en su *Teología Política* al concepto de soberanía.

Soberano es quien decide sobre el estado de excepción, es decir, un estado de cosas que no se puede prevenir. Puede este estado de cosas ser la anarquía política, o una pandemia no prevista, etcétera. Mientras en la política diaria nuestra vida se guía por normas jurídicas que delimitan lo que se puede o no se puede hacer, lo que a Schmitt le preocupa no es la política diaria, sino el estado de excepción. Ello nos lleva casi directamente a un poder dictatorial; y la pregunta es si ese soberano debe tener, o ser revestido por el poder religioso, para justificarse moralmente. Defender al estado en nombre de Dios, y en ese caso estamos ante la secularización de la religión; o pensar en el acto de excepción dictatorial como un acto que no tiene base en lo moral y solo se centra en la necesidad del poder soberano de decisión.

En cierta forma, en su *Concepto de lo Político*, publicado en 1923, 1932 y 1933, Schmitt, por consideraciones políticas, ya deja ver que su teoría política no depende para nada de ninguna revelación divina. En cierta forma, como lo afirma H. Meier, fue Leo Strauss mismo quien en su larga comunicación con Schmitt influyó en los pequeños pero sustantivos cambios que Schmitt hizo en su *Concepto de lo Político*.⁷

Lo importante de cualquier forma es que para Schmitt la competencia del estado para resolver problemas excepcionales le confiere un poder que va mas allá de lo jurídico. El poder del estado en este caso, es lo contrario al poder burocrático institucional y es fundamentalmente amoral.

En la famosa discusión de Carl Schmitt con Hans Kelsen, este último representaba al derecho liberal. El estado para Kelsen es una organización puramente jurídica, idéntica al conjunto de leyes positivas. Kelsen pregona la idea de un Derecho puro, y lo separa de la ciencia de la política y de la sociología. Invoca en ese sentido una instancia objetiva.

Para Schmitt, ese es precisamente el error de Kelsen. El liberalismo, siendo una derivación política del racionalismo positivista, hace primar las leyes sobre el Estado. Es así entonces, que el liberalismo se sostiene en la soberanía del imperio de la ley, que representa valores abstractos, como derechos humanos universales, etcétera. Y como afirma Schmitt, el mismo Kelsen en su intento de resolver el problema de la soberanía, niega el concepto mismo de la soberanía del estado. A diferencia de Ernst Kelsen, Schmitt siempre vio “el orden legal” en términos concretos, basados en las tradiciones y costumbres de la sociedad que lo promulgó, en lugar de en términos de legalidad liberal basada en mandatos legislativos cada vez mayores (lo que Schmitt llamó “legislación motorizada”).

² Cohen, Jean. 2008. “A Global State of Emergency or the Further Constitutionalization of International Law: A Pluralist Approach”. *Constellations*. Volume 15, No 4.

p. 456

³ Wendy Brown, *Deconstructing the demos*.

⁴ John McCormick. 1997. *Carl Schmitt's Critique of Liberalism. Against Politics as Technology*. Cambridge University Press.

⁵ Carl Schmitt. 1984. *El Concepto de lo Político*. Buenos Aires: Folios Ediciones. p.81 (1927)

⁶ Carl Schmitt. 2009. *Teología política*. Madrid: Trotta. p37

⁷ H. Meier, (H. Lomax, traducción). 1995. *Carl Schmitt and Leo Strauss: The Hidden Dialogue* Chicago: University of Chicago Press.

El estado y su interpretación del pueblo histórico va por arriba de la legalidad liberal. Para los críticos de Carl Schmitt, como Carl Löwith “el pathos de la decisión supo encontrar una aprobación generalizada en la época de entreguerras. Preparó el camino para la decisión en favor de Hitler, e hizo posible el viraje político como “revolución del nihilismo”.⁸

En otras palabras, la decisión como acto amoral nos lleva precisamente a la solución presentada por el fascismo. Una interpretación diferente, sin embargo, fue provista por Leo Strauss, abriendo de ese modo la discusión sobre la posible amoralidad de Schmitt.

A pesar del formalismo que ofrece la teología schmittiana, lo que ve Strauss es un compromiso moral de Schmitt ante una amenaza que hoy más que nunca es percibida como peligrosa. Desde la perspectiva de Schmitt, el desarrollo de la tecnología al servicio de una paz universal y de una felicidad universal conduce a la destrucción de todo lo que le da sentido a la vida: historia popular, el sentido de pertenencia familiar y nacional, religión, etcétera.

Tanto el pacifismo liberal, como el socialismo ateo, prometen al hombre el fin de toda lucha y privación, condicionado a que abandonen todas aquellas aspiraciones nacionales, religiosas, etcétera, por las que merezca la pena luchar y privarse. El pluralismo liberal angloamericano, como monismo universal subyacente, se basa en el poder de la sociedad civil, representada por unidades autónomas, y en las limitaciones impuestas al poder del Estado. Este tipo de pluralismo es dominado por intereses económicos, que se dedican a despolitizar los conflictos. El Estado liberal busca la unidad de las diferentes asociaciones que lo componen, pero es una falsa unidad, ya que la unidad liberal está representada por el “monismo” supremo de la “humanidad”. El pluralismo liberal aniquila así el espacio de lo político. En forma contraria, la moralidad

amoral de Schmitt que determina el concepto de lo político, se basa en la relación “amigo-enemigo”.

El enemigo es lo más importante de la política. La distinción amigo-enemigo es la esencia de lo político. Como señala Schmitt, “toda antítesis religiosa, moral, económica, étnica o de otro tipo, se transforma en una antítesis política si es lo suficientemente fuerte como para agrupar a los seres humanos, según el amigo y el enemigo...”⁹ Lo político por lo pronto tiene que ver con las relaciones de amistad y enemistad, y se refiere a la creación de un «nosotros», en oposición al «ellos».

Para Schmitt, el político distingue correctamente entre el verdadero amigo y el verdadero enemigo; y la verdadera agrupación amigo-enemigo es existencialmente tan fuerte y decisiva que reemplaza y reordena todos los demás conflictos sociales. Los conflictos apolíticos se vuelven políticos, se aparta y subordina... criterios y motivos religiosos o puramente económicos. La pregunta es qué implica y cuan amoral es la fórmula amigo-enemigo, a fin de entender la política.

Para Schmitt, precisamente cuando se lucha en nombre de la humanidad, cuando se lucha en nombre de derechos humanos, se lucha no contra un enemigo, sino contra un “no-humano”. Ello conduce directamente a la deslegitimación del enemigo, y a “guerras genocidas” para derrotar al “mal”. De esta forma las “guerras justas” libradas por los liberales se vuelven directamente genocidas en nombre de la defensa de la humanidad.¹⁰ El problema que destacan los schmitteanos, es que como el mundo político es plural, cada vez que se avecina un “Estado mundial”, tratando de abrazar en sí mismo a toda la humanidad, se crea el peor tipo de violencia.

En total contraste con la idea de la guerra entre justos e injustos, Schmitt propone el conflicto o la guerra entre simplemente enemigos, cuando el concepto de “enemigo” en la teo-

ría de Schmitt implica precisamente respeto por el oponente.

En definitiva, lo que ve Schmitt es que la lucha liberal por un pluralismo interno dentro de la nación, y la lucha por un mundo humanizado, liberal, dominado por un pensamiento único, es justamente el peligro que acecha a la humanidad. El orden de Schmitt es lo inverso. La pluralidad interna debe ser controlada por un estado autoritario, pero el mundo sí debe ser multicultural o plural.

Aquí entramos en el concepto sumamente problemático en Schmitt y en el cual se aferran todos los gobiernos dictatoriales fascistas, y que es diferenciar entre el enemigo interno y el enemigo externo. A este último enemigo externo, hay que derrotarlo, pero respetarlo. Hoy es enemigo y mañana se hace la paz con ese mismo enemigo “respetado”. Sin embargo, al enemigo interno hay que destruirlo, porque es el sedicioso, es el revolucionario, el traidor a la nación; es el terrorista que lucha contra la unidad nacional. No puede haber dudas, que Schmitt admira la política nacionalista y el poder del estado soberano, justamente para poder determinar el estado de excepción con el cual el enemigo interno es derrotado. Schmitt declara la homogeneidad nacional como una condición necesaria para el ejercicio democrático; afirma que un Estado solo puede ser democrático si tiene una única nación homogénea. Es decir, la unidad solo puede existir como identidad. Esto requiere un cierre en torno al demos, con la construcción de una frontera. Es evidente que ese “enemigo interno de la nación” representa en sí mismo, valores universales que Schmitt tanto desprecia.

A nivel doméstico, entonces, la única manera de salvar a la sociedad precisamente de esa “despolitización” regida por la economía, es a través de una comunidad ideológica movilizadora y dirigida por un Estado autoritario. A nivel internacional, lo que le importa a Schmitt es la pluralidad internacional. En síntesis, tene-

mos acá un pensador que considera criminal un régimen de derechos humanos, y defiende precisamente la idea del enemigo y de la política entre enemigos. ¿Qué de humano hay en ello? Esta última observación nos lleva a la pregunta de cómo percibimos el schmittianismo hoy en el mundo general. Al margen del poder de la decisión autoritaria, ¿es que la política definida como amigo-enemigo tiene viabilidad? ¿A dónde nos lleva?

Hoy más que nunca vemos en muchas democracias occidentales un debate creciente sobre el consenso democrático, en el cual se nota la pérdida de valores básicos que sustentan a la democracia. Como afirmarían Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, ese desconsenso sobre reglas del juego básicas y sobre normas comunes, destruirán finalmente a la democracia liberal.¹¹

Se podría discutir si esa observación es correcta o apocalíptica. Lo que llama la atención, sin embargo, es la cada vez más aceptada idea de que precisamente para algunos politólogos, especialmente de la izquierda, ese desconsenso representa la recuperación de lo político y salva a la democracia en vez de destruirla. Precisamente la definición de la política, como la encarnación de la fórmula amigo-enemigo, es aceptable para mucha gente de izquierda anti-liberal, como para muchos conservadores.

En contra de la gran mayoría de analistas que ven en Schmitt el pensador amoral, el más representativo de una teoría fascista de la política, definida como amoral por excelencia, el filósofo Leo Strauss ve que en Schmitt “la afirmación de lo político no es otra cosa que la afirmación de lo moral”¹². Como remarca el profesor Rob Howse, de NYU, Schmitt no fue marcado por una revelación divina que lo llevó a apoyar a Hitler y odiar a los judíos. Su visión de la política lo llevaba a reflexionar sobre



la situación política específica, que le permita sustentar la confrontación entre enemigos, que era la base de su concepto de la política. Sin confrontación entre enemigos no hay política.¹³ Pero, ¿es eso bueno o es malo y para quién? Quizás el para quién sea la pregunta relevante en la actualidad.

Pensadores como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, defensores del resurgimiento populista de izquierda, elogian las críticas de Carl Schmitt a las instituciones de la democracia liberal, precisamente porque estas últimas despolitizan la política. Desde una posición de izquierda, Chantal Mouffe debate con los demócratas deliberativos, por un lado, y los que defienden una democracia agregativa, por otro. Mientras la democracia agregativa ve a la democracia como una agregación de intereses, el modelo deliberativo se guía por consideraciones normativas morales y la búsqueda de un bien común. Mouffe critica a autores como John Rawls y Jürgen Habermas, porque buscan llegar a políticas consensuadas entre contrincantes. Gracias a la fe que estos autores tienen hacia los procesos de deliberación democrático a nivel de sociedad civil, estos consideran que se pueden llegar a acuerdos que satisfagan tanto la racionalidad (entendida como defensa de los derechos liberales), como a la legitimidad democrática (tal como queda representada por la soberanía popular).¹⁴

La pregunta es si es posible mediante el ejercicio de una razón dialógica resolver conflictos aparentemente existenciales. Lo interesante es que para Chantal Mouffe, precisamente la mera búsqueda de una solución racional que le dé fin a conflictos es precisamente un golpe para la democracia. Intentar suavizar diferencias y resolver antagonismos destruye la política y la democracia. Mientras supuestamente el liberalismo niega al enemigo, y niega el antagonismo y el conflicto, Mouffe afirma que es precisamente el consenso racional lo que es excluyente, justamente porque se basa en normas que aparentemente son comunes, pero no lo son. Dando vuelta quizás al argumento de Levitsky y Ziblatt, Chantal Mouffe ve en el conflicto permanente, y no en lograr consolidar normas comunes, la mejor versión de una democracia radical. Si en la democracia hay una tendencia al orden, sostiene Mouffe, se corre el peligro a que lo político quede relegado.

En cierta forma Mouffe adelanta la política de identidades. La identidad no la podemos doblegar. Ni el ciudadano musulmán puede ser convencido, ni el identitario racista occidental puede ser convencido. Ontológicamente, la diferencia es constitutiva de la identidad, no la podemos eliminar. Para Chantal Mouffe, aceptar tales diferencias y crear un marco de antagonismo que no necesariamente lleve a una gue-

⁸ Löwith, Carl. 2006. “El decisionismo ocasional de Carl Schmitt”, en *Heidegger, pensador de un tiempo indigente*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p.77

⁹ *Ibid*, p.37

¹⁰ Schmitt, Carl. 1927, 1976. *The concept of the political*. Chicago, University of Chicago Press, 53-54

¹¹ Steven Levitsky and Daniel Ziblatt. 2018. *How democracies die*, Viking.

¹² Leo Strauss. 2008. Comentario sobre *El concepto de lo político de Carl Schmitt*. En Heinrich Meier (comp.) *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político*. Buenos Aires: Katz, p.160

¹³ Robert Howse, *The use and abuse of Leo Strauss in the Schmitt revival on the German Right – The case of Heinrich Meier* Draft no publicado. https://www.law.nyu.edu/sites/default/files/ECM_PRO_060041.pdf

¹⁴ Chantal Mouffe. 2012. *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*. Gedisa. Barcelona. p.98

rra civil, pero que al mismo tiempo permita vivir como enemigos o como contrincantes, es la virtud de la política democrática. El camino obligado a seguir, es transformar el antagonismo en agonismo. El agonismo, o la democracia agónica, promueve una relación de disputa permanente.

En este aspecto, no le queda más remedio a Mouffe que criticar a Schmitt, porque a la larga, Schmitt, aunque promueve la disputa interna, determina al ganador que obligatoriamente doblega al enemigo interno. Suponemos que para Schmitt, tanto la tesis de Levitsky y Zibblat, la defensa de la democracia liberal basada en normas comunes, como la tesis de Mouffe, basada en el conflicto permanente, son inoperantes.

Por un lado, la democracia liberal no tiene capacidad para mantener la unión política. Solo el nacionalismo basado en una suerte de democracia étnica, ayudada por un enemigo externo, puede mantener la unidad. Al mismo tiempo un “antagonismo interno civilizado”, como quiere Mouffe, tampoco respeta el tono de Schmitt. Mouffe, es cierto, sostiene al igual que Schmitt que hay que olvidarse del concepto de verdad objetiva, puesto que esa visión parte del presupuesto de que existe una explicación política neutral. A diferencia de Schmitt, sin embargo, para Mouffe al enemigo interno no hay que destruirlo. Una vez que se entiende que siempre existirá un «nosotros» y un «ellos», la meta de la democracia es construir el “ellos” simplemente como adversario. Pero es importante destacar nuevamente que este es un adversario al que no podremos convencer ni que él nos convenza a nosotros.

Al margen de las críticas que pueden hacerse a lo que probablemente sea una respuesta *naïve* de Mouffe, a la también *naïvite* de la democracia liberal, la pregunta es cómo se sostiene esa guerra civil fría y civilizada. Para Schmitt en definitiva, como dijimos, el enemigo interno debía ser destruido. Para ello necesita un esta-



do de excepción permanente, que en definitiva lleva a lo que Schmitt concebía como una democracia popular autoritaria, basada en el poder del grupo étnico dominante. Como afirma críticamente Andrew Arato, la idea del conflicto permanente como base de la democracia, no puede ser permanente. El conflicto tiene que institucionalizarse, si no se quiere llegar a una guerra pluralista de todos contra todos. En cierta forma, el hecho de que cada parte se defina como representante del pueblo, lleva a una de las partes ganadoras al terror de la Revolución Francesa. El pueblo contra los traidores. Para evitar tal lógica se requieren derechos fundamentales y la separación de poderes.¹⁵

Sin embargo, paradójicamente esa democracia dictatorial populista es aceptada por la izquierda populista. Ernesto Laclau da a entender esto claramente al adaptar la teoría del enemigo y la creación teológica del pueblo. Lo que Laclau ve en el populismo es una unificación de demandas heterogéneas alrededor de contenidos vagos y simbólicos que se refieren oblicuamente a una condición utópica de unidad social total, homogeneidad y reconciliación.

Dichos contenidos pueden ser una idea como la justicia o la igualdad, o una persona como Georges Boulanger, en Francia del fin del siglo XIX, o de Juan Perón en Argentina. En todos los casos existe un grupo de referencia social parcial, “la plebe”, o el “desvalido”, que se identifi-

ca con “la gente en su conjunto”, el *populus*¹⁶. Pero ahí no queda sellado el asunto. No hay otra salida que la identificación de ese invento llamado “el pueblo”, con la idea de la nación y con el líder como representante directo de la nación. Aquí ciertamente se destruye la pluralidad liberal, pero hay que afirmar que tampoco existe la pluralidad de identidades contrastando una contra otra, que definirán a la política como liberadora de la “dictadura de la tecnocracia y el legalismo liberal”, como quisiera Mouffe. La politización del pueblo, o la secularización de la religión del pueblo se sintetiza, ya sea en una identidad étnica, o en populismo étnico, algo que Laclau no niega. Todo ello se conjuga a la personalidad del líder que amalgama y da sentido a todos los intereses particulares. Aquí vemos la comprensión proto-fascista desarrollada por Schmitt, que deriva de la práctica simbólica e institucional de la Iglesia Católica, que es contraria a la representación de intereses particulares en el marco del liberalismo pluralista.

La idea es la de un símbolo o un funcionario simbólicamente incorporando una ausencia, la cruz para Cristo, o el Papa para el cuerpo ideal de la Iglesia. Aquí vemos otro punto de contacto en Schmitt y los populistas de izquierda. Lo que busca Schmitt y aparentemente los populistas de izquierda también, es la combinación del poder casi religioso del líder soberano, pero combinado con la pasión popular. Cualquier método que lleve a eso es válido.

En el populismo entonces la vaguedad de la ideología se compensa con la intensidad del antagonismo. La ausencia de identidad real se compensa con vínculos afectivos y libidinales, “amor” por el líder y amor por todos aquellos a quienes supuestamente el líder ama.¹⁷

Pero aquí llegamos quizás al punto culminante y quizás más contradictorio. A pesar de lo mencionado acerca de autoritarismo schmittiano, que lleva a la destrucción del ene-

migo interno, que es definido como traidor, el populismo no necesariamente llega a eso. En otras palabras, el populismo no alcanza a ser fascismo o nazismo, en lo que respecta al trato del enemigo, a pesar de también definir al enemigo interno como traidor.

Por un lado, lejos de la democracia agónica de Chantal Mouffe, el populismo no promueve una democracia de identidades en permanente conflicto, sin definir. Pero tampoco es el proto-fascismo de Schmitt, en donde el enemigo interno debe ser destruido. En ese sentido en el populismo, el enemigo que son las élites tecnocráticas y liberales; las élites de la economía globalizada no deben ser destruidas. Deben existir para ser utilizadas económicamente, golpeadas e insultadas culturalmente, y a través del odio hacia ellas, consolidar la unión mítica entre el líder, los pseudo o no tan pseudo “desplazados” y la idea de la nación orgánica. En resumen, los “traidores” no deben ser destruidos. Se necesitan para politizar y dar consistencia al invento del “pueblo”.

Los gobiernos populistas de Netanyahu en Israel; Trump en los Estados Unidos, Putin en Rusia, u Orbán en Hungría, aunque diferentes en materia económica al de Chávez en Venezuela, en materia política y simbólica tocan el mismo violín. ¿Pero es qué son fascistas? A pesar de la creciente deslegitimización de la democracia en estos lugares, y a pesar de que es innegable la existencia de presos políticos en Rusia, tales lugares no son China, ni Corea de Norte, ni Irán, ni Bielorusia, ni están cerca al fascismo del pasado, ni a los gobiernos militares autoritarios de América Latina en los 70, ni del Medio Oriente ahora. Oposición en tales lugares aún existe.

En realidad, ni Netanyahu ni Trump destruyeron la democracia, y ambos fueron sustituidos en procesos democráticos. Muy probablemente así puede terminar el gobierno de Orbán también, a pesar de haber destruido la legitimización democrática en Hungría; y la Rusia de Putin.

La pregunta es si consideramos



hipotéticamente que con el fin de estos regímenes, la política democrática podrá volver a su normalidad, donde un centro derecha y centro izquierda disputen el poder bajo normas comunes. La realidad es que el bibismo y el trumpismo no están muertos y la “política de enemigos” sigue siendo fomentada en muchos países occidentales. Más aún, y quizás más problemático para los liberales, sea que precisamente para evitar el creciente rompimiento del consenso, sea la derecha liberal la que se adapte a parte de la agenda populista, especialmente con respecto a inmigración en el mundo occidental, y al problema palestino en Israel. El partido de derecha radical Brexit, de Nigel Farage en el Reino Unido, prácticamente desaparece porque Boris Johnson, primer ministro conservador, adopta sus políticas. La social democracia danesa aguanta el ataque populista, precisamente porque hace políticas anti inmigratorias y a favor de la cultura nacional. Este proceso denominado como la ‘normalización de la derecha’, tiene como fin precisamente quitarle parte de sus votantes a la derecha populista y así debilitarla. La pregunta es si esta política de normalización de la derecha podrá formar un nuevo consenso.

Como vimos, para Chantal Mouffe la política reconciliadora que genera orden a partir del desorden es improbable e incluso moralmente inaceptable. La radicalidad de lo político siempre cuestionará el orden final. De esta forma y en forma interesante, la “normalización de la derecha” no

solo representa un peligro para liberales defensores de derechos humanos, de la multiculturalidad, etcétera, sino que a su vez es problemática para el populismo mismo.

Por otro lado contrario, observadores se preguntan si estas políticas de consenso están realmente acabadas. Como lo demuestra David Brooks en un artículo en el *New York Times*, titulado: “Si Joe Biden defiende una idea, es que nuestro sistema puede funcionar”; en esencia, Biden está defendiendo la democracia liberal y la noción de que no se puede gobernar una nación basada en la premisa de que la otra mitad del país es irremediamente horrible. “El ala progresista del Partido Demócrata es escéptica: el Partido Republicano se ha vuelto autoritario. Sin embargo, como escribe Brooks, detrás de las cámaras de la discusión siempre ha habido otra capa de política, dirigida por personas que no están tan impulsadas por las calificaciones, sino que están más impulsadas por la gobernanza. Así que en los últimos 20 años más o menos, mientras que el circo ha estado en pleno rugido, el Congreso ha seguido aprobando legislación bipartidista: el éxito de la política educativa federal K-12, el compromiso presupuestario de Obama de 2013, la ley de reforma de la justicia penal de Trump de 2018, la ley de infraestructura FAST, la Ley contra el lavado de dinero de 2020, la prohibición de la era Trump de la facturación sorpresa en la atención médica. En junio, el Senado aprobó, por 68 a 32, la Ley de Innovación y Competencia de Estados Unidos de 2021, que dedicará

¹⁵ Andrew Arato. 2013. *Political Theology and Populism Social Research*, vol 80, No 1, Spring

¹⁶ *Ibid*, p.158

¹⁷ Laclau, Ernesto. 2005. *On Populist Reason*. London: Verso, 53-56

aproximadamente 250 mil millones de dólares a proyectos científicos.¹⁸ Matthew Yglesias y Simon Bazelon llaman a esto el “Congreso Secreto”, que es el negocio cotidiano de gobernar, que funciona precisamente porque no está cubierto por la televisión por cable.

¿Cuál de las dos tendencias será la dominante en las democracias liberales?

Para muchos observadores, precisamente los nuevos desafíos producto de las pandemias, la crisis climática y demás no permitirán otra cosa más que la colaboración política silenciosa. Precisamente los nuevos desafíos producidos por las pandemias y la crisis climática nos llevan, según pensadores liberales, queramos o no, a la necesidad de una unión de prácticas basadas en la ciencia y a la aceptación de instituciones internacionales fuertes, abiertas y universales. Para los liberales lo necesario hoy en día, es menos política y más ciencia, más ética y más colaboración, como claves de la supervivencia. En otras palabras, las necesidades de la época no permiten el lujo de la democracia agónica, ni a nivel nacional; ni la política de antagonismo de zonas de influencia en forma global.

Los schmittianos contrarios a esta tesis, sin embargo, no necesariamente reniegan del calentamiento global y no necesariamente menosprecian a la ciencia. Sencillamente tampoco creen en la colaboración dirigida por instituciones liberales. La sienten como una trampa de las élites “wokes”. Para ellos la solución es más schmittianismo, que menos. Es decir, arreglos entre enemigos, mejor que el altruismo. Hasta el momento actual, por lo pronto ninguno de los desafíos han aplacado la pasión por la política de confrontación, que avanza con pasos importantes en muchas democracias occidentales

También en el plano internacional se ve la creciente posición dominante de Carl Schmitt y sus acólitos. En *Der Nomos der Erde* (1950), Schmitt analizó la concepción del derecho interna-

cional “europeo”, de base territorial frente al universalismo estadounidense (o anglosajón). En las obras que se centran en la idea de *Nomos der Erde*, Schmitt mira al futuro en busca de una nueva concepción alternativa de equilibrio, el equilibrio o la división en el mundo, que impida el triunfo del universalismo liberal estadounidense. Chantal Mouffe adapta este concepto a nuestros tiempos. “El uso por parte de Bush de categorías morales del bien y del mal para designar a sus enemigos, y su tipo mesiánico de discurso sobre el deber estadounidense de llevar la libertad y la democracia al mundo, es el tipo de discurso que Schmitt claramente despreciaba.¹⁹ La alternativa es una multipolaridad basada en regiones de influencia, y la creación de un “status quo” entre ellas. China y su zona de influencia, Rusia y su zona de influencia y los Estados Unidos y su propia zona de dominio. Un *status quo* representaría que tales potencias no interferirían en el dominio de la otra. Como puede claramente entenderse, los valores demo-liberales no entrarían en los componentes de la zona de dominio de China o de Rusia.

Para muchos liberales esta idea es pésima. Angela Merkel percibía precisamente eso y lo remarcaba con temor. “Ya tenemos hoy día un nuevo pensamiento sobre esferas nacionales en los cuales se cuestionan los principios de la ley internacional.”²⁰

No hay duda que si había alguna idea, aunque no muy desarrollada, en la política exterior de la administración Trump, esta no era ni basada en la filosofía de los neo-con de exportar la democracia, o inclusive el de llevar la guerra contra el terror a territorios lejanos. Si hoy vemos la retirada de Afganistán como un fracaso de la política de Biden, en realidad no hay mucha diferencia con Trump, que también firmó la retirada de Afganistán. ¿Y sin embargo, hay diferencias? ¿En dónde entra el schmittianismo aquí? Mientras Biden quiere volver al multilateralismo con los países democráticos y con ellos con-

frontar a China y al autoritarismo en general, el trumpismo ve el diálogo y la negociación entre enemigos como más efectiva. El multilateralismo de la administración Trump no es con países democráticos, sino con países autoritarios, en donde Estados Unidos es un autoritario más, y quizás el más poderoso. Entonces, el precepto aparente no es el de transformar a los no demócratas en demócratas, y ni siquiera colaborar con un bloque democrático, sino la de transformar a la propia Estados Unidos en un país un poco más autoritario y nacionalista, y por ende menos liberal. Le importaría muy poco que el Talibán domine Afganistán, o que la dictadura comunista de Corea del Norte siga en pie. Al enemigo se le confronta, pero se le respeta como lo que es, con su identidad política. En tal sentido, precisamente el enemigo como el Talibán es más respetado que el enemigo liberal interno.

La instalación del régimen talibán probablemente cree una oportunidad para Rusia, China, Irak, Pakistán e Irán, obligados a intentar un *status quo* a su conveniencia, mediante la diplomacia y la cooperación económica, en contraste con el modelo de democratización militarizada ensayado por Estados Unidos y la OTAN. Al mismo tiempo, en otras zonas del mundo no muy lejanas, Estados Unidos, Israel y los países sunitas, podrán confrontar los intentos de hegemonía iraní en el Medio Oriente. Esta distribución en zonas de influencia es schmittiana en su base.

¿Pero es que Biden entenderá esta suerte de schmittianismo que dejaría el problema humanitario de los palestinos de costado? ¿Podrá aceptar que para ello Israel no puede ser demasiado obstruido en sus políticas de control territorial, a pesar de que perjudiquen a la democracia?

Para los liberales esa política no tiene sentido. Un mundo dividido en zonas de influencia y de nacionalismos cerrados compitiendo por el mercado, hará imposible siquiera intentar salvar al planeta.

Por si eso fuera poco, muchos

plantean el gran desafío a la sociedad liberal, por lo que en un momento se consideró como un beneficio para la democracia, que es la aparición de compañías como Facebook, Microsoft, Instagram, etcétera. Las rebeliones pretendidamente democráticas en el Medio Oriente se propagaron a través del mundo virtual. Sin embargo, no tardamos en entender que su contribución se minimiza frente a los desafíos que este nuevo gobierno corporativo mundial plantea a la sociedad liberal. Para los schmittianos, como hemos visto, esto no es nada raro, sino que es consecuencia de las prácticas liberales; y no tiene solución dentro del liberalismo. La pregunta entonces es si, en contra de la negatividad de Schmitt, podrá la sociedad liberal lograr un consenso que permita controlar este poder económico y social que ya supera el poder del estado. O al revés, nos llevaría esto a la solución schmitteana que en realidad es fácil de deducir.

Acusaciones en la dirección de un schmittianismo en tiempos de emergencia surgieron precisamente sobre las medidas de emergencia que gobiernos utilizaron durante la crisis del Covid 19. Una solución schmitteana pondría el ejemplo de China como el método más práctico de control político, para casos de emergencia como la pandemia, y para también doblegar el poder sin control del nuevo mundo dominado por los “taycons” de la Alta Tecnología. Sería muy triste llegar a esas conclusiones, porque eso significaría decididamente el fin de la democracia liberal, pero en el cual tampoco tendría validez la utopía de la democracia agónica de Chantal Mouffe.

Autores como Yascha Mounk destacaron lo que ideólogos de izquierda y derecha venían sosteniendo desde hacía más de cuatro décadas, que es por un lado, la creciente brecha y tensión entre un liberalismo cada vez más apoyado en un legalismo tecnocrático y en instituciones que representan un humanismo universal; y por el otro, en el concepto

de soberanía popular que se apoyaba en mayorías populares; y en cierta forma también en la construcción mítica de una idea de pueblo, basado en la tradición y la historia.²¹

El autoritarismo schmittiano, modelo China, sin embargo representa el final de la institucionalización tecnológica del liberalismo *woke*, pero como dijimos, también representa el fin del schmittianismo de izquierda. En tal caso el modelo de China termina no solo con la democracia liberal, sino que representaría el fin total de la política.

Probable y tentativamente modelos intermedios que pueden llegar a consolidarse en un futuro, es el de las democracias étnicas, liberales y modernas, que conjuguen nacionalismo con un liberalismo controlado, y conjuguen soberanía cultural con globalización económica. Tales sociedades como la vasca, la catalana, la escocesa, la flamenca, si es que se transforman en independientes, o lo mismo la israelí en la actualidad, conjugan el demos nacionalista con la globalización. Quizás el caso israelí es el más paradigmático y por ende crea suspicacia y antisemitismo en la suerte de izquierda liberal del mundo occidental. Para muchos liberales, Israel es el estado schmittiano por excelencia. Sin embargo, si acaso lo es, esto es con sofisticación.

Lo interesante es que Schmitt obviamente era anti-semita y anti-comunista. Sin embargo sostenía que un comunista con el tiempo podía transformarse (podría llegar a ser fascista). Un judío no podría ser transformado. El judío es universalista, es capitalista, parásito, humanista, socialista, universalista, pero fundamentalmente no podía ser otra cosa. No podría ser un nacionalista.

Interesante sería conocer su posición hipotética sobre el nacionalismo sionista de hoy. Emmanuel Ottolengi, por ejemplo, analiza el concepto de autoridad parlamentaria soberana, por sobre la autoridad de la Suprema Corte de Justicia, como un desarrollo del concepto de autoridad

política propuesto por Schmitt en su *Teología Política* y su *Concepto de lo Político*.²²

Sin embargo, en Israel como en Estados Unidos, el schmittianismo va más allá. El enemigo interno definido como la izquierda pacifista judía en Israel, o el partido Democrático en los Estados Unidos, son atacados por los schmitteanos nacionalistas con más dureza que a los enemigos externos.

Más aún en el caso de Israel, al margen de quien sea primer ministro, Bennet o Netanyahu, la “ley nacional” determinando al grupo étnico dominante en el estado, es irreversible. A pesar de ello Israel no deja de ser una sociedad liberal, que respeta la política de géneros y la libertad religiosa. La política de enemigos es el pan diario de la sociedad israelí, pero el enemigo interno no es destruido y la democracia liberal sigue en pie. Finalmente el enemigo externo es derrotado pero respetado como enemigo. Y todo ello sin evitar en lo mínimo el contacto con el mundo moderno desarrollado y democrático. En el pasado, el anti semitismo nacionalista y racial, tomo al judío universal apátrida y burgués, como el enemigo universal de la nación. Ergo, la burguesía globalizada judía era el peligroso enemigo de la nación. La nación racial se crea rechazando la figura del judío universal. Hoy a la inversa, Israel es un problema no para el nacionalismo, sino para el progresismo liberal. El triunfo de Israel significaría el triunfo de un schmittianismo nacionalista, que para peor, es parte y juega en el marco del mundo liberal y global. Sin duda el triunfo de tal modelo supone una pesadilla para liberales progresistas en el mundo occidental. Sin duda, por otro lado, que el modelo israelí es un ejemplo para nacionalistas étnicos, y para todos aquellos que consideran la unión de la tribu étnica con la alta tecnología, como el modelo de la política del futuro.

* Tel Aviv University.

¹⁸ David Brooks. 2021. “The Biden approach is working” *NYT*, 5 Agosto.

¹⁹ Chantal Mouffe. 2005. “Schmitt’s Vision of a Multipolar World Order” *The South Atlantic Quarterly* 104:2, Spring, (245-251), p.246

²⁰ Rene Pfister. 2019. “Will Merkel be followed by darkness” *Der Spiegel*, May 28

²¹ Yascha Mounk. 2018. *The People versus Democracy: How the Clash Between Individual Rights and the Popular Will is Undermining Liberal Democracy*. Harvard University Press.

²² Emmanuel Ottolengi. 2001. “Carl Schmitt and the Jewish Leviathan: The Supreme Court vs. the Sovereign Knesset” *Israel Studies*, Volume 6, Number 1, Spring, pp. 101-125

Una perspectiva “multinivel”

Marcela Maldonado Bodart

Caléxico.- En la actualidad, estamos viviendo tiempos de cambio, nuevos acontecimientos desde el espacio de interacción internacional que están impactando hasta el nivel individual. Y esto es, que desde hace aproximadamente un año y medio, que la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró oficialmente pandemia al COVID-19 (virus SARS-CoV-2); a esto se sumaron elecciones presidenciales en distintas partes del mundo, entre éstas en Estados Unidos; movilizaciones sociales, como en Colombia y Cuba, entre otros, debido a la falta de toma de decisiones y acciones en favor de sus ciudadanos, frente a las nuevas dinámicas y cambios originados por la pandemia. Por ejemplo, se paralizaron las actividades comerciales, educativas, culturales presenciales, hasta el cierre de fronteras políticas, en una gran mayoría de los Estados a nivel global, sumado el número de personas fallecidas en el mundo a causa de la pandemia.

Desde distintas esferas, niveles, o espacios de interacción, se movilizaron esfuerzos para recurrir a las instituciones internacionales, y a las diferentes políticas internacionales ya establecidas, para hacer frente a estas nuevas dinámicas, como una herramienta para los tomadores de decisiones, sin encontrar respuestas o soluciones efectivas.

En este contexto, nos preguntamos: ¿Por qué fracasa la política interna o la política internacional? Este planteamiento tiene implicaciones importantes, pues frente a una etapa o periodo de crisis estructural global, los distintos regímenes no fueron suficientes para dar soluciones, quedando al descubierto la importancia de la toma de decisiones a través

de las distintas acciones políticas, ya sea a nivel de política internacional o de política interna, y de estrategias de los distintos Jefes de Estado y/o de gobierno, a fin de poder proveer mayor seguridad y mayor bienestar a sus ciudadanos.

En este sentido, y de manera general, Bruce Bueno de Mesquita, señala que la política internacional es el producto resultado de tirones y jalones de los asuntos internos, y los líderes, no las naciones, toman decisiones de política, de tal forma, que lo hacen para maximizar sus posibilidades de permanecer en el poder, es decir, en el cargo. De ahí que las decisiones están diseñadas de manera estratégica, para maximizar el bienestar del líder y no del Estado.

Lo anterior es importante destacar, ya que de manera estructural, la toma de decisiones de un Jefe de Estado afecta de manera directa al resto de las acciones políticas, y el resto de los Jefes de Estado pueden implementar dentro de su espacio o nivel estatal de acción y poder, obteniendo un resultado un impacto sistémico.

Y es que el fracaso de la política, dentro del nivel estatal, tiene que ver con las características, preferencias e intereses individuales del Jefe de Estado en el poder, desde el diseño e implementación de la política interna, así como de la política exterior a ejecutar hacia el ámbito internacional. En el nivel de interacción internacional, la elección de políticas internacionales, estrategias, así como el re-diseño, y/o re-adaptación de las políticas al plano estatal, también recae en el Jefe de Estado, quien toma las decisiones y representa a los intereses del Estado, como un “todo”. De ahí que el presente trabajo, de manera general, desarro-

lla algunas de las visiones, del porqué el fracaso de la política, en los distintos niveles, está relacionado y vinculado a los intereses y características personales del Jefe de Estado que se encuentra en el poder.

El Nivel Individual: Jefe de Estado

El Jefe de Estado se convierte en una pieza fundamental para hacer frente a una etapa de crisis estructural global, pues es quien elige las herramientas de política, internas o internacionales, y cómo y cuándo deben implementarse, o incluso, re-diseñarlas para su propia re-adaptación, y visión individual.

Kenneth Waltz, con el fin de identificar las causas que originan el conflicto, en específico la guerra, propone como una herramienta teórico-metodológica tres niveles de análisis: el nivel individual, el nivel estatal y el nivel sistémico, así que entender la perspectiva del Jefe de Estado tiene que ver con una imagen, o “nivel individual”, en donde es importante analizar al Jefe de Estado, como individuo, ya que por ejemplo, los Estados deciden el uso de la fuerza militar o ir a la guerra, debido a la personalidad, o preferencia individual del Jefe de Estado.

Para Waltz en el nivel individual de análisis se debe partir desde tres perspectivas: la naturaleza humana, el estilo en la de toma de decisiones, y el comportamiento organizacional. En la naturaleza humana, se incluyen factores como los cognoscitivos, psicológicos y biológicos. En este nivel de análisis, las características emocionales y sus limitaciones humanas son importantes, pero también el factor cognoscitivo, es decir, sus habilidades y conocimientos, que van por



ejemplo desde su trayectoria profesional y su trayectoria académica; el Jefe de Estado es un individuo, que toma decisiones de manera racional, pero sin embargo se enfrenta a la limitación cognoscitiva.

Desde esta perspectiva, las características personales del Jefe de Estado, son importantes pues eligen alternativas de acuerdo a rasgos psicosociales, como su personalidad, código de valores, salud mental y física, ego, ambición, historia política, experiencias personales, así como su propia percepción de la realidad. En cuanto al factor psicológico, que principalmente se enfoca a explicar la conducta política del individuo, algunos Jefes de Estado pueden ser agresivos en la toma de decisiones, o muy decisivos, o contradictorios (Maldonado y Vásquez, 2019, p.132; Velásquez, Maldonado y Vásquez, 2016, p.100).

En cuanto a la segunda perspectiva, correspondiente a la toma de decisiones, Velásquez, Maldonado y Vásquez (2016) señalan que de acuerdo a Waltz (1954), el componente del nivel individual relacionado con la forma y estilo en que el Jefe de Estado toma las decisiones, es decir, si considera la opinión de otras personas, lo que lo hace dependiente de las mismas para la toma de decisiones, o si le gusta tomar decisiones de manera independiente. Asimismo, si son racionales o emocionales. Otro aspecto a considerar, en cuanto a este componente, es que en general el estilo en la toma de decisiones puede impactar de manera determinante el funcionamiento del sistema interna-

cional, pues dependiendo el estilo en la toma de decisiones, el sistema puede ser de naturaleza conflictiva o cooperativa.

La tercera perspectiva, está relacionada con el comportamiento organizacional, y tiene que ver con el análisis y estudio de la forma en la que los individuos actúan dentro de las organizaciones. Desde este componente, la cultura global influye en el comportamiento individual, al presentarse diferentes precisiones, posiciones e intereses de grupo. De esta manera, el componente de comportamiento organizacional impacta significativamente en el proceso de toma de decisiones de los gobiernos, pues el rol que asumen los individuos (Jefes de Estado) es determinante (Velásquez, Maldonado y Vásquez, 2016, p.101).

La Política Internacional y el Jefe de Estado Bruce Bueno de Mesquita (2006) destaca la importancia de la dinámica intrínsecamente vinculada entre la política interna, la política exterior y la política internacional. Desde su perspectiva, las políticas exteriores de los Estados están vinculadas y moldeadas por la política interna, principalmente por las preocupaciones desde la perspectiva del Jefe de Estado, pues la búsqueda del poder político personal, es lo que guía, o dirige, las opciones de política a elegir.

De esta forma, el deseo de retener el poder, asegura que de alguna forma, los líderes, o Jefes de Estado, tomen acciones que no son aleatorias, o irrelevantes, para sus ciudadanos; las decisiones son estratégicas, y tienen en cuenta las res-

puestas esperadas, tanto por sus adversarios, como por sus partidarios.

De esta manera, se resalta la importancia de que el análisis de los asuntos internacionales, debe iniciarse con la comprensión de la forma como los líderes traducen sus intereses y ambiciones personales en acciones de Estado.

Bueno de Mesquita (2006) señala tres “*governing principles*”, con los que se debe considerar de manera general, para el análisis de la política internacional, relacionando al interés de los líderes, o Jefes de Estado, con la política y con sus intereses personales. Así, el primer principio, establece que las acciones que realizan los líderes, o Jefes de Estado, para influir en los acontecimientos dentro del ámbito internacional, están motivadas por su bienestar personal y, especialmente, por el deseo de seguir ocupando el cargo.

Las preocupaciones del Jefe de Estado, o líder, por el interés nacional, están subordinadas a los intereses personales. Si los dos coinciden, tanto mejor, pero si no lo hacen, los líderes elegirán lo que crean que es mejor de manera personal, incluso cuando hacerlo perjudique a la mayoría de los ciudadanos, y al interés nacional.

En el segundo principio, se señala que las relaciones internacionales no pueden separarse de la política interna. Esto es, que todas las acciones de política exterior, se emprenden en función de las consecuencias que se espera que se generen en las políticas internas del Estado. Por ello, si se espera que una política

exterior logre consecuencias beneficiosas para un Estado a largo plazo, pero en el corto plazo puede poner en peligro el cargo, o la destitución del líder, entonces esa política no se aplicará (Bueno de Mesquita, 2006, p. 2-3).

El tercer principio, tiene que ver con que las relaciones entre los Estados, y entre los líderes se rigen por consideraciones estratégicas. Las decisiones de política exterior están diseñadas para influir en los asuntos internacionales. Así, para que la política sea efectiva, debe considerarse la reacción que generarán esas decisiones, esto es que se analiza la reacción que se espera de una elección de política, y se compara con la reacción que se espera de otras opciones de política. Los líderes o Jefes de Estado, eligen la política que creen que producirá el mejor resultado para ellos, conforme a su interés personal, sabiendo que, al mismo tiempo, los rivales nacionales y extranjeros están eligiendo políticas para mejorar su propio bienestar, también desde un enfoque de ganancias personales (Bueno de Mesquita, 2006, p. 3).

Gobernanza Global

Otra de las visiones, para entender el fracaso de la política, a través del tomador de decisiones, a fin de llegar a la resolución de problemáticas globales se conoce como “gobernanza global”. Desde esta perspectiva, Legler señala que es importante considerar los elementos con los que se define a la gobernanza global, destacando que la gobernanza global comprende cuatro elementos fundamentales: resolución de problemas globales, la creación de esferas de autoridad, conjunto de actores y una arquitectura institucional. Estos cuatro elementos, dan vida a un tipo de “engranaje” de la gobernanza global que funciona de manera simultánea en diferentes dimensiones, y que genera un resultado en el sistema internacional con impactos estructurales, con beneficios colectivos. En este sentido, se destaca que la gobernanza global, incluso puede ser concebida, desde un método para la resolución de problemáticas colectivas, hasta un nuevo paradigma teórico de las propias relaciones internacionales. Sin embargo, para que el método propuesto funcione, debe darse una relación de confianza en las instituciones, con una visión de cooperación de ganancias absolutas, es decir a largo plazo. Así, desde esta perspectiva, no sólo las políticas internacionales, o regímenes, sino que las instituciones internacionales son importantes, y el Estado debe



confiar en las dinámicas de los actores, dentro del nivel internacional, desde una perspectiva con enfoque neoliberal.

Al respecto, Andrew H. Kydd trae a la mesa de análisis la importancia de la confianza y la desconfianza dentro de la dinámica del espacio de interacción internacional, y cómo en base a éstas, se puede hacer la diferencia entre la guerra y la paz. Al respecto, se destaca que pueden cooperar los Estados que confían lo suficiente entre sí, mientras los que no pueden terminar en un conflicto. Kydd desarrolla la “teoría de la confianza” y destaca algunas implicaciones. Señala que la cooperación requiere un cierto grado de confianza entre los Estados, y que el grado o nivel de confianza requerido para que se dé la cooperación, depende de un conjunto de variables que incluyen el poder relativo de un Estado, por ejemplo, así como los costos de elegir el conflicto.

Otra implicación, es que en entornos multilaterales, la hegemonía de un Estado es importante, ya que puede promover la cooperación, siempre y cuando el Estado hegemónico sea relativamente digno de confianza, ya que si no, no se generará la dinámica de la cooperación (Kydd, 2005, p.5). Sin embargo, desde la perspectiva de éste autor, las decisiones de cooperación y confianza son considerando al Estado, como “un todo”, y no considera que quien toma las decisiones y representa al Estado, es el Jefe de Estado, desde su percepción, preferencias e intereses individuales, pero ya como un ente “soberano” dentro del espacio internacional.

Algunas reflexiones finales

A lo largo del presente trabajo, se identifica que el fracaso de la política, en los diferentes niveles, está relacionado con las características, rasgos e intereses personales del Jefe de Estado. Desde la perspectiva de análisis del nivel individual o “imagen”, el Jefe de Estado como tomador de decisiones, es pieza clave para entender si la política interna, la política exterior o la política internacional, es im-

plementada, re-diseñada o re-evaluada en los distintos niveles de interacción y bajo qué percepción debe entenderse, tanto en el ámbito estatal como en el internacional.

De esta manera, el papel de las características, y del interés individual, del Jefe de Estado, pueden llegar a superar el interés colectivo, o incluso el interés nacional, llevando hasta la dinámica de generar nuevas preferencias, y percepciones colectivas, sobre ciertas políticas, lo que determinará el grado de influencia y liderazgo, tanto a nivel Estatal, con sus ciudadanos; como en el nivel internacional, con los diferentes actores e instituciones regionales o internacionales. Así, el nivel de análisis individual, aporta en relación a las preferencias, intereses y rasgos personales de un Jefe de Estado, en la forma como afectan el curso de la política internacional, pero también dentro del nivel estatal, a través de la política interna.

Una debilidad del nivel de análisis individual, es que se puede realizar de manera subjetiva, ya que es difícil demostrar cómo el rasgo personal de los tomadores de decisiones, o Jefes de Estado, afectan desde una perspectiva sistémica, el curso de la política internacional, sobre todo en la visión de largo plazo. Asimismo, la utilización únicamente del análisis individual, puede llegar a sesgar el análisis.

La perspectiva de gobernanza global, tiene sus propias limitaciones, tanto como un método para la resolución de problemas globales, o como su consideración como nuevo paradigma teórico, pues la heterogeneidad de las características, e intereses de todos los actores, incluyendo a la arquitectura institucional, hace que se dificulte la cooperación, así como la confianza, dentro de la propia dinámica de la gobernanza global.

En general, es de vital importancia que se realice una diferenciación, entre lo que se denomina Estado, como un “todo” o “ente unitario”, o al Estado representado por el Jefe de Estado, quien toma las decisiones en representación del “todo” en el espacio y dinámicas del nivel internacional, ya que de entrada, como lo señala Bueno de Mesquita (2006), en la mayoría de los estudios o análisis, se asume que los líderes, o Jefes de Estado, son benignos, con la visión de que están tratando de hacer todo lo mejor a nombre del interés nacional, y por lo tanto, en favor de sus ciudadanos.

* Universidad Autónoma de Baja California.

El inalcanzable orden deseado

Miguel Molina

Ginebra.- Tal vez ya no habrá un régimen distinto de la democracia, concluyó Aristóteles una mañana de hace más de dos mil años, cuando los días se llamaban *theftera*, *triti*, etcétera, mientras pensaba en las posibilidades de la política: gobernar y ser gobernado en libertad, para lograr lo necesario en nombre del bien común. El hombre libre tenía o debería tener resueltas sus necesidades básicas: un techo, comida para su familia, trabajo; y podía expresar sin temor sus ideas.

Ahora nos encontramos en la complicada tarea de reflexionar si la política ha fracasado como intención y como proyecto, cuando menos en México. No es cosa fácil. Uno puede embarcarse en un largo y minucioso ensayo sobre el quehacer público, o puede uno ver los grandes rasgos de esa actividad. Opté por lo segundo, porque el oficio me ha permitido ver sin teorías, lo que hacen quienes practican esta peculiar actividad, que a fin de cuentas nos afecta a todos.

Fracasar –dice la Real Academia– es malograr un intento, dejar sin efecto un propósito contra la intención de quien procura realizarlo. Habría que entender el fracaso de la política, aceptando que hay culpas del tiempo y hay responsabilidades colectivas.

Para comenzar, cambió la *polis* –la comunidad, la ciudad, la nación, como se llame– que sirvió de base para las observaciones y las recomendaciones de Aristóteles. El gobierno dejó de ser privilegio de los dioses y sus representantes, y se volvió cosa de hombres (como era entonces y sigue siendo, pese a los derechos que han conquistado las mujeres en el último siglo, si vemos lo que pasó y volverá a pasar en Afganistán con los Talibán; y lo que está pasando en Texas, por mencionar dos ejemplos recientes en dos mundos cultural y políticamente tan distintos).

Por consiguiente, la cosa pública –

que había dejado de ser fácil hace dos mil años– se complicó más y más: se ampliaron los asuntos del gobierno, creció el aparato que hacía posibles las cosas, cambiaron las circunstancias. Sin que nadie se diera cuenta, desaparecieron las utopías originales, y la idea de la cosa pública pasó a otro plano.

La política –un animal en perpetuo estado de cambio–, que era una actividad para buscar el bien común; se convirtió en un asunto de grupos, que con tal de ganar el poder, dejaron de pensar en lo posible y ofrecieron lo necesario, sin recursos para hacer lo que anunciaban, ni la voluntad de hacerlo, y tal vez ni idea de cómo alcanzar la paz, cómo lograr la estabilidad, cómo garantizar la educación, la salud, la vivienda, el trabajo, “la conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado” que interesó al politólogo alemán nacionalizado chileno Norbert Lechner a mediados de los ochenta, uno que parta de una diversidad “no sólo de intereses sino también de opiniones y deseos”. Pero el discurso perdió –o cortó– el hilo que une las ideas con los actos, y olvidó la importancia de hacer posible el país que queremos.

Lo mejor y lo peor en la mejor y la peor

Mucho tiempo antes que Lechner, un martes de noviembre de hace setenta y tantos años, Winston Churchill declaró que gran parte del mundo se rige por una idea –siempre diferente– de la democracia, la menos mala de las formas de gobierno que se han ensayado, y se ensayarán en este mundo de pecado y tristeza, y sin embargo la peor.

Puede ser. México no tiene por qué ser la excepción. Una vez que desaparecieron las ideologías, los partidos crearon coaliciones *contra natura*, e izquierda y derecha y atinado centro; y partiditos eligieron asociarse en busca no del bien común, sino del poder por el poder mismo y los fondos que vienen con el po-

der. Perdida la brújula ética, cualquier cosa fue posible: la aspiración de crear un gobierno perfecto desapareció ante la necesidad de establecer un modelo que se pudiera aplicar en cualquier parte, como si sólo hubiera una forma de democracia.

Basta un ejemplo. En el libro primero de sus Historias (I, CXXXIII), Heródoto –a quien no le gustaban los persas– cuenta que en el siglo quinto antes de nuestra era “(d)espues de bien bebidos, suelen deliberar acerca de los negocios de mayor importancia. Lo que entonces resuelven, lo propone otra vez el amo de la casa en que deliberaron, un día después; y si lo acordado les parece bien en ayunas, lo ponen en ejecución, y si no, lo revocan. También suelen volver a examinar cuando han bebido bien, aquello mismo sobre lo cual han deliberado en estado de sobriedad”.

No me consta que la política mexicana haya usado ese recurso, aunque no es remoto que haya habido personajes públicos que hayan emulado a los persas de hace dieciséis siglos. No sé si la fuerza bruta es mejor o peor que el trago cuando se ventilan los asuntos de la Nación, pero quien busque puede encontrar episodios de legisladores mexicanos que recurrieron a los puños y los insultos en vez de debatir ideas. Una vez cruzada la línea que separa la riña de la discusión, resulta difícil restaurar los equilibrios que pudieron haber existido, y esa línea se cruzó hace ya mucho tiempo. El clásico habría dicho que la política es algo muy serio como para dejarla en manos de los políticos.

También se extravió el sentido de lo posible. Parafraseando a Kafka, uno podría pensar que hay muchos caminos en la vida del país, representados por cada partido, trazados por cada fracción, imaginados por cada personaje público. Pero no hay una meta. El orden deseado es inalcanzable.

Si uno piensa que el escritor checo es demasiado abstracto, puede recordar la forma en que Gonzalo N. Santos, cacique de la Huasteca potosina, definía la actividad originalmente encaminada a mantener la cosa pública en buen estado: *En política, moral es un árbol que da moras*. Parece que sigue siendo verdad. El animal político terminó por perder la virtud que le confería el filósofo. Y quedó lo que vemos: la mentira como discurso, la injuria, el miedo al otro.

* Instructor invitado en la Universidad de Ginebra.

Sobre política y sus alrededores

Margarita Salazar Mendoza



C iudad Juárez.- La política es un término polisémico, como otros tantos. La RAE lo define como el “arte que se refiere al gobierno”; también como la “actividad de quienes rigen los asuntos públicos”; así mismo, sobre la “persona que interviene en las cosas del gobierno y los negocios del Estado”; finalmente, otra acepción tiene que ver con la “actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, con su voto o de cualquier otro modo”.

Una de las definiciones clásicas y más antiguas es la legada por Aristóteles en su *Politika*, y que se refiere a “los asuntos de las ciudades”. En su obra el griego muestra su interés profundo en el problema que significa el gobierno de una ciudad. Él escribió: “intentemos ver qué cosas salvan y qué cosas pierden a las ciudades, y cuáles a cada uno de los regímenes, y por qué causas unas ciudades son bien gobernadas y otras lo contrario”. En el libro primero de su obra trata de la comunidad política en general, de sus relaciones con otras comunidades, incluso de las cuestiones

relativas a la familia y de los elementos que la componen, así como de la propiedad y su adquisición y de algo sobre la economía doméstica. Luego, discute las formas de gobierno en el segundo libro. Se sostiene unánimemente que la parte central de la *Politika* es el libro tercero, que expone la teoría general de las constituciones: así como del análisis del concepto de ciudad y de ciudadano. En esta sección deduce seis formas posibles de gobierno: “con el gobierno de uno solo, la monarquía o tiranía; con el gobierno de varios, la aristocracia o la oligarquía; con el gobierno de todos, la república o la democracia”. Cada una de las posibilidades de tal clasificación está determinada ya sea por “el bien común o el interés particular”. Como podemos notar, sus reflexiones al respecto continúan vigentes, son más que oportunas.

Casi 1900 años después, aparece quizá el libro más conocido sobre este tema; aunque fue escrito en 1513, ve la luz hasta 1531. Me refiero a *El Príncipe*, de Maquiavelo. El mismo autor le dice a quien le dedica el libro, Lorenzo De Medici, que le entrega su obra como testimo-



nio de su sometimiento. Se trata de una aportación a la concepción moderna de política. Lo ahí expuesto está basado en un profundo conocimiento de la historia y del proceder humano. El florentino sostiene que el ejercicio de la política implica situaciones reales, cuyas decisiones y acciones no necesariamente responden a la moral sino a un juego de poder. De ahí que su exposición sobre el ejercicio del poder esté enfocada a las cuestiones estratégicas en la política. Su interés radica en explicar de manera muy detallada la forma en que un gobernante debe enfrentar las diversas circunstancias que se le presenten, pues el objetivo principal es la conservación plena del poder. También él discute las formas de gobierno, mas, contrario a Aristóteles, se refiere a dos: la del poder absoluto detentado en un individuo o el administrado por un grupo; él recomienda la primera pues afirma que en la segunda se dan frecuentes desacuerdos. Así mismo, advierte que las virtudes en quien gobierna son buenas, pero que es más importante aparentarlas; que el gobernante debe obrar de tal manera que sea

estimado y admirado tanto por el pueblo como por el ejército, precisamente para esto se emprenden grandes empresas y por ello se debe cuidar la premiación o el castigo, que sirven de ejemplo. Por último, hace hincapié en que el criterio para elegir a quienes rodean al gobernante es la fidelidad que le demuestren. En otras palabras, en esa obra nos encaramos al pensamiento pragmático.

De ahí que, a grandes rasgos, actualmente entendamos la política como el poder otorgado por los habitantes de una comunidad, a uno o a determinados individuos para que lleven la rienda de los asuntos de todos, tanto para una mejor convivencia como para responder en acciones, sobre todo, adversas, ante grupos ajenos. Sin embargo, la toma de decisiones de quienes, de una u otra manera, han sido elegidos para tomarlas, no siempre garantizan el bien común.

Uno de los primeros registros que tenemos sobre la crítica al actuar de los políticos es la comedia de Aristófanes, *Los caballeros*, del 424 a. C., por cierto, previo al trabajo de Aristóteles. En ellas el ateniense criticó a quienes incursiona-

ban en el ambiente político de su época. No está de más decir que la escritura de dicho texto, hace más de dos mil años, demuestra el nivel de libertad de expresión del autor.

La historia resumida es la siguiente. Demos (personaje que representa a la ciudadanía) no es muy brillante que digamos. Por otra parte, los hombres más importantes de esa comunidad, Nicias y Demóstenes, están molestos por la forma en que Paflagonio (el gobernante) trata a Demos. Éste sólo mira su medro personal, practica la extorsión, acepta sobornos, y halaga las bajas pasiones, la agresividad y la codicia. Razón por la cual desean remplazarlo. En su intento, se relacionan con un vendedor de morcillas, quien vende embutidos de burro y perro, constantemente está ebrio e intercambia obscenidades con prostitutas; y le dicen: “¡Oh choricero, bendito del cielo! ¡Acércate, amigo mío! Te nos aparecen como el salvador de la ciudad.” A lo que el interperelado responde que para qué lo llaman; y el diálogo continúa de esta manera:

– ¡Mortal bienaventurado! ¡Mortal

opulento que hoy no eres nada y mañana lo serás todo!

– ¿Por qué, buen hombre, te burlas de mí y no me dejas lavar estas tripas ni vender estos chorizos?

– Estás destinado a ser el soberano absoluto de todos esos súbditos. Serás el jefe del mercado, y de los puertos y de la Asamblea; pisotearás al Senado; destituirás a los generales, les cargarás de cadenas, los reducirás a prisión y establecerás tu mancebría en el Pritáneo.

– ¿Quieres decirme, cómo yo, que soy un choricero, puedo llegar a lo que se llama un personaje?

– Por eso mismo llegarás a serlo; porque eres un canalla audaz, salido de la hez del pueblo.

– No me creo digno de alcanzar un poder semejante.

– ¿Cómo es eso? ¿De qué te crees indigno? Albergarás todavía algún buen sentimiento. ¿Pertenece acaso a una clase honrada?

– No, por los dioses; pertenezco a la canalla. [...] Yo no he recibido la menor instrucción; sólo sé leer, y eso mal.

– Entonces, oh mortal afortunado, estás ricamente dotado para la política.

Me he permitido transcribir el fragmento anterior para tener una clara idea del fundamento de esta comedia. Total, le hacen la propuesta, él acepta comedidamente y trazan su plan. Y resulta que el dichoso vendedor de morcillas, pronto muestra que no es mejor que aquel a quien intentan hacer a un lado. En su enfrentamiento contra Paflagonio y frente a Demos, es decir, frente al pueblo, intercambian insultos, intentan superarse uno al otro, son groseros. Finalmente, Demos decide tomar al choricero, a pesar de sus humildes orígenes, como su nuevo servidor. La crítica más fuerte que ha recibido esta obra de Aristófanes es el poco favorecedor retrato que hace del pueblo.

Así que si nos sentimos tentados a preguntarnos ¿por qué fracasa la política?, sería conveniente no querer responder una pregunta tan peliaguda, puesto que quienes se dedican a ella de forma directa, saben perfectamente que se trata de un juego y el que tiene mejores cartas en determinado momento es el que traga más pinole. Alcanzan sus puestos gracias a las redes tejidas por sus familias, en sus centros educativos o dentro de los grupos a los que asocian y dentro de los que se mueven.

En todo caso podemos decir que actuamos en un ambiente con una mejor o

peor política; esto incluye la política que busca el bienestar para la mayoría de la población, o bien, aquella en la que los individuos deciden en realidad cumplir sus aspiraciones personales, ya sea de prestigio social o, lo más común, sus intereses de tipo económico. Precisamente esto último es lo que hemos visto en las recientes y no tan recientes décadas dentro de la política mexicana.

Son múltiples los escándalos de servidores públicos que han poblado los espacios noticiosos. Reportajes relacionados con sobornos, enriquecimientos ilícitos, confabulación con delincuentes y otros asuntillos similares. Así, ya no importa el partido, si éste no cumple con las expectativas de sus integrantes, ya ellos se encargarán de buscar el nicho que mejor le acomode. Y si un grupo es muy fuerte y los otros más pequeños, para desbancarlo sólo es cuestión de unirse.

Partiendo en esas alianzas, viene a mi mente la “Fábula” de Francisco Hinojosa, aquella que inicia así:

Andaba el León de contentillo manipulando a uno de sus allegados, cuando llegó el Grillo a decirle que los rinocerontes y las rinocerontas estaban de fiesta y no cesaban de copular.

–¿Y se puede saber qué traman los cabrones?

–Dizque el mejor producto que nazca de tanta cogedera será ungido como candidato a gobernar el reino.

–¿Conque quieren mi silla?

–Por así decirlo.

–¿Y por qué creen que pienso desocuparla así como así? ¿Un rinoceronte de rey? Habrase visto mayor dislate.

–Las eras modernas ya llegaron.

Y efectivamente, los nuevos tiempos ya no requieren la lealtad al régimen establecido, ni la capacidad que se debe poseer para los asuntos administrativos, ni la virtud apropiada a la constitución en vigor, rasgos que Aristóteles atribuía al político; ahora lo importante es la lealtad al amigo, al pariente, al socio.

Me permito aquí una digresión para señalar que en la literatura, pongamos por caso, la mexicana, se reflejan casi con pelos y señales las historias de sus políticos; en algunas ocasiones, muy pocas, para alabar el trabajo que alguno de ellos llevó a cabo; en otras, las más de las veces, el sucio trabajo o la falta de él, que ha sido notorio en tal o cual individuo. Ya Eric Bentley, en su obra *La vida del drama*, afirmó que todo lo que un poeta escribe proviene de la diversidad de la vida y que no deja de lado sus peores as-

pectos; también afirma que todo el arte es un desafío que la desesperación, que ha tocado fondo, inspira, pues “no hay panorama más desolador que aquel que resulta de la falta de confianza en los obispos y en los políticos”.

Múltiples textos literarios representan de una excelente forma el ambiente político que ha caracterizado a nuestro país, del que asiduamente se han ocupado grandes escritores. Pensemos en el chihuahuense Martín Luis Guzmán y en su obra *La sombra del caudillo* (1929), la novela política más coherente que se ha escrito en México, según Margo Glantz. En el siguiente fragmento nos enfrentamos a lo que entre los dos personajes en contienda por la Presidencia de la República, se dicen:

Estamos hablando con el corazón en la mano, Hilario, no con frases buenas para engañar a la gente. Ni a ti ni a mí nos reclama el país. Nos reclaman (dejando a un lado tres o cuatro tontos y tres o cuatro ilusos) los grupos de conveniencias que andan a caza de un gancho de donde colgarse; es decir, tres o cuatro bandas de politiqueros... ¡Deberes para con el país!...

Ese texto narrativo trata la época del periodo presidencial de Plutarco Elías Calles quien, se dice, impuso como sucesor a Álvaro Obregón, después de que asesinaron a Francisco R. Serrano, junto con sus partidarios en Huitzilac, en 1927. Por supuesto, ese fue un trabajo sucio que sus autores intelectuales jamás reconocieron.

Aunque nos atrevamos a decir que fueron tiempos pasados, no debemos olvidar los asesinatos ocurridos en las últimas décadas: el de Luis Donald Colosio y el de José Francisco Ruiz Massieu, ambos en 1994; o la muerte de Manuel Clouthier en 1989, en un extraño accidente, solo por mencionar algunos casos. “La política de México, política de pistola, solo conjuga un verbo, madrugar”, dice Guzmán. En 1960, la novela fue llevada al cine, pero también entonces fue vetada sin una razón explícita. Hasta Luis Echeverría, diez años más tarde, impidió su exhibición.

Otro autor, considerado uno de los más agudos de nuestra literatura, es Jorge Ibarguengoitia (1928-1983). Su texto dramático *El atentado* (1962) es una mordaz crítica a la realidad social y política del país. En esa obra se recrea el desventurado magnicidio de Álvaro Obregón, dentro de un complicado y burlón juego de manipulaciones maquinadas desde las entrañas oscuras del poder político y

eclesiástico en México. En 1928, en medio de un ambiente alborotado, violento, de desconfianza y de maniobras es reelecto presidente de México, pero José de León Toral, un joven cristero, es víctima de un llamado divino y mata a Obregón de siete balazos, con lo que favorece a Plutarco Elías Calles para que se convierta en el jefe máximo del país. El cristero muere condenado.

Por cierto, Antonio Alatorre, en un artículo que publicó en *Letras Libres*, allá por el 2004, se refirió a los discursos de los políticos como: “esa forma de lengua que consiste en *ocultar*, en *no decir*”; y se refiere a “los mecanismos de simulación y distorsión, etcétera, con que se mueve el idioma polítiqués”. Y le llama tal porque considera ese uso de la lengua como uno exclusivo del grupo político, ya que le asombra “la simple lectura de las declaraciones de los políticos (no sólo mexicanos) en la prensa diaria: me maravillan los escamoteos, las supercherías, las mentiras”. Por otra parte, en este 2021, Darío Villanueva publicó su valiente obra titulada *Morderse la lengua*. En ella diversos capítulos tratan de cómo el “lenguaje político está corroído por la falsa piedad y el eufemismo”; “es el tiempo de las verdades variables”; y agrega: “yo lo llamo la quiebra de la racionalidad”. Agrega que “la clave para lograr el poder está en incidir sobre las emociones y los marcos o sesgos mentales de los votantes, considerados como el público que asiste a un espectáculo”. Por supuesto, tal lenguaje políticamente correcto ha permeado todos los niveles del ambiente político y los actores se apegan a él, pues ponen en juego sus puestos.

Así pues, la política no fracasa, de una u otra forma continúa y continuará, a estas alturas alguien tiene que dirigir los destinos de una nación. Quizá no de la forma que más nos gustaría, pero siempre habrá alguien o un grupo de personas que guiarán a los ciudadanos por los caminos que mejor convengan a sus intereses. Alguna clase de arte o traza para conducir los asuntos de un país o los medios empleados para alcanzar un fin determinado, se encontrarán; eso que ni duda cabe. Ahora mismo existe una inclinación por ese sistema político en el cual se dice que la soberanía reside en el pueblo, ejercida ya sea directamente o a través de sus representantes, y supuestamente elegidos libremente, sin coacción alguna y de forma razonada; sí, la democracia.

Por aún más, y esto no me gusta nada porque nos incluye a todos. En los



dos últimos libros de su obra, el estagirita presenta los dos tipos de vida, la contemplativa y la activa, ambos propios del Estado y del individuo. Esto de la contemplación o de la actuación es delicado porque de alguna manera reparte ampliamente la responsabilidad del ambiente político de una comunidad; es decir, todos somos responsables puesto que hay una estrecha solidaridad entre el ciudadano y el Estado. Veamos un ejemplo.

Cuando los ciudadanos se quejan de la corrupción que caracteriza a los individuos que directamente se desenvuelven dentro del ambiente político, podrían preguntarse, así mismo, qué clase de educación se imparte en las instituciones educativas, tanto públicas como privadas, y cuáles son los valores que nos distinguen como sociedad, pues esos hombres y mujeres que participan como servidores públicos, en algún momento fueron niños y se desarrollaron en un ambiente definido. Todos, “buenos y malos”, formamos parte de una familia y pasamos por el sistema educativo, nos adherimos a un grupo religioso y a una ideología política, cumplimos mejor o peor con una labor diaria. En eso radica la importancia del estudio que Aristóteles, en la obra que hemos mencionado, da tanto a la educación como a la familia.

Viene a mi mente el estudio que Wil Pansters –investigador holandés interesado en la política, política cultural, democratización y en la antropología latinoamericana, sobre todo, la mexicana– publicó con el título “Democracia, formas de violencia e inseguridad en la historia reciente de América Latina”. Ahí explica Pansters que se pueden advertir

tres criterios en el vínculo existente entre violencia y Estado, a saber: la zona gris, el espacio donde suceden hechos ocultos, de los que no se sabe con precisión el autor, pero de quien se rumora en general; el orden informal, que se refiere a todas aquellas prácticas diarias que aunque no son ley, se llevan a cabo para conseguir algunos beneficios, tales como un empleo, la cancelación de un pago al fisco; en otras palabras, muchos actos de corrupción entran en ese orden informal; y las prácticas alternativas de justicia, es decir, todas las acciones que la gente lleva a cabo para reclamar el castigo para los culpables de delitos, que por una u otra razón son exonerados o ni siquiera llevados a juicio.

Si esos tres rasgos se cumplen y se detectan en el ambiente social es porque, efectivamente, hay un vacío de poder; en otras palabras, el grupo gobernante no ha sabido o no ha querido cumplir con la labor que significa gobernar; si se trata de un grupo, entonces el líder no cuenta con la fuerza y la inteligencia precisas para el ejercicio del poder.

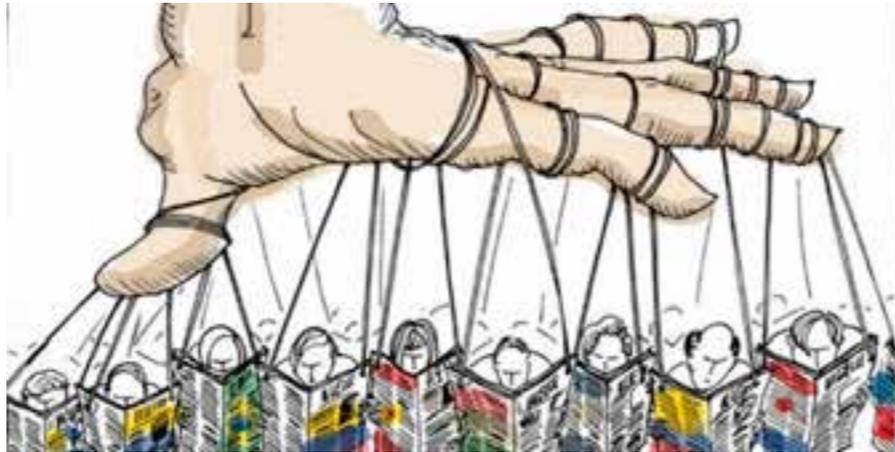
Así, al hablar de una buena o mala política, no del éxito o del fracaso de la política, estamos también refiriéndonos a la sociedad civil, a la ciudadanía, que da sustento a un ser político, a una manera de conducirse, de actuar. Los individuos que pretenden llegar a un puesto público y que arman campañas para lograrlo, prometen de antemano que ellos sí atenderán a la gente, que sí entregarán cuentas claras de su ejercicio; sin embargo, muy pronto olvidan esas palabras y se concentran en tejer las relaciones que los mantendrán vivos en el ambiente. Por otra parte, las personas que son elegidas, por ejemplo, a través de un voto, en muchos de los casos no han sido electas de manera muy objetiva que digamos; más bien, detrás de cada decisión hay una preferencia o un rechazo; una filia eleva al poder, o una fobia lo impide. Sostiene Villanueva “que las personas hacemos prevalecer nuestros prejuicios a la evidencia”, de ahí que nuestras elecciones estén sesgadas; en otras palabras, que de una manera u otra estemos ayudando a alcanzar el ansiado puesto, a quien no necesariamente es la persona idónea para gobernar.

Y si aún así nos gana la tentación de creer que la política fracasa, entonces será necesario reconocer que es un fracaso colectivo. No hay de otra.

* Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Política para *dummies*

Carlos Ramírez



C *udad de México.*- La política es la antítesis del poder unitario. La política se rinde ante las evidencias contundentes de la economía. La política debe dominar a la realidad, o la realidad destruirá la política. La política es la bofetada de la memoria.

La política es, al final de cuentas, una ciencia. La política consiste en aprovechar la debilidad del adversario. La política del sistema político mexicano la crearon los militares desde el poder, para abandonar el poder. La política tiene que ajustar cuentas con su pasado. La política es, en sí misma, una estrategia de seguridad del Estado. La política es un juego de gladiadores en circo romano, no una aplicación de internet. La política es sinónimo de audacia, porque audacia es el juego del poder. La política real es la que se mueve en los intereses del poder. La política no puede esconder sus resultados reales. La política es el juego de poder, por encima del retozo lúdico del desprestigio. La política es de quien la trabaja. La política aparece lo que la política oculta. Al final, la política es el juego perverso del poder. La política sirve para cambiar la realidad o para justificarla. La política es una caja de sorpresas... y de Pandora. La política se nutre más de las deslealtades que

de las lealtades. La política es hermana gemela de la corrupción. La política es el mecanismo para ponerse de acuerdo, no para definir trincheras de confrontación. La política es el juego del gato y el ratón, donde siempre gana el perro. La política es un juego secreto, pero en el entendido de que en política no hay secretos. La política no se gobierna con apariencias, pero las apariencias determinan la política. La política es la perversión del derecho. La política consiste en construir la realidad, antes que la realidad se imponga. La política es el arte de enredar al adversario. La política en el reino de la realidad, por muy mala que sea. La política es el arte de saber responder con astucia y no con enojos. La política la mueven las pasiones, pero la determina la inteligencia. La política es la antítesis de las pasiones del poder. La política es una guerra de posiciones. La política tiene sus tiempos y sus *destiempos*. La política es la forma de eludir las presiones de los adversarios. La política es, sobre todo, memoria y ésta representa una bofetada de la realidad inocultable. La política es de decisiones, no de intenciones.

La política –debería saberlo Córdova Vianello–, se mueve por hilos de poder (Maquiavelo) y no por caprichos (Jorge Carpizo).



La política nunca duerme... o los políticos nunca debieran dormirse. La política también suele ser la puerta de escape de la realidad. Las verdaderas guerras de la política se dan fuera del campo de batalla. La política real es cuestión de fuerza, no de ideas. La lucha política se da en los proyectos, no en las masas. La política es el juego estratégico de decisiones intermedias, para llegar a las definiciones finales. Desde Julio César, la política es el espacio de los crímenes del poder. La política se hace con el pueblo, pero sin el pueblo. La política es un juego de los hilos de poder, no un juego por las sillas del poder. La política es *machista*. La política se enaltece con la ley y se deprecia con su incumplimiento. La política no es diplomacia, sino dominación de poder. La política se debe hacer con recursos propios, no con peculados políticos. La política se basa en decisiones de Estado, donde el Estado más fuerte impone las condiciones. La política es, en el modelo insuperable de *Machiavelli* y la *verdad efectiva*, un oficio sin ética. La política es una tarea de responsabilidad, pero en México aparece como oficio callejero. La política es el arte de mantener distraído al adversario. La política no es solo la maestría de engañar, sino el arte de aceptar ser engañado.

La política es el debate abierto absoluto. Es decir... absoluto. La política es, casi siempre, un baile de máscaras. La política es el arte de esconder la realidad..., hasta que la realidad retumba en las calles. La política, al final, siempre termina con el "se los dijeron". La política es un juego del gato y el ratón, donde la clave está en el perro. La política es el reino de la impunidad. La política se mueve por la *virtú* como eficacia y no como moral. La política es sinónimo de deslealtad y antónimo de coherencia. La política es el ejercicio de la fuerza para garantizar el derecho propio.

La política es el juego del poder, no de los deseos.

La política es local y lo local se construye con programas, dinero y poder. La política es el juego de intereses de poder, para el poder y por el poder. La política es el camino para organizar a la sociedad para beneficio social, o para explotación esclavizante. La política es la sobrevivencia, así de sencillo. La política es el arte de poner la direccional a la izquierda y dar vuelta a la derecha. La política es doblegar al adversario, sobre todo cuando el adversario nos ha doblegado.

La política es la lucha por el poder descarnado, no el terreno del servicio al prójimo. La política es el movimiento

perpetuo de las contradicciones sociales.

La política siempre tiene un costo que muchos están deseosos de pagar con tal de estar en la feria del poder.

La política es el juego palaciego de intereses. La política la determina el que toma la iniciativa, porque los de adelante corren mucho y los de atrás se quedarán. La política debe saber leer la realidad. En política hay que ser *Machiavelli* y no *Savonarola*. La política está en las propuestas, no en las imágenes. La política se mueve por hilos de poder, no por mensajes telepáticos que vienen, en realidad, desde el más allá. La política, señoras y señores, es *Machiavelli*. Lo demás es el *Manual de Carreño*. La política es, como decía Lenin, saber escuchar el ruido de la caída de las hojas. La política se aprende en clases de hilados y tejidos y no en las cloacas del poder. La política es el "ya sé quién eres, te he estado observando", homenaje tangencial a José Agustín. La política es el mejor diccionario de la realidad.

La política consiste en saber identificar los demonios. La política es el enfoque integral de la realidad, no la justificación de incapacidades. La política es el juego de Juan Pirulero, en el que cada uno atiende su juego. La política consiste en adivinar el futuro sin cargar el

pasado. La política es la frialdad de los hechos.

La política es el sentido de la oportunidad para ganar mucho, gastando poco capital de gobierno. La política es el arte de quedar bien con Dios y con el Diablo. La política, solía decir Maquiavelo, comprueba que todos los hombres son malos por naturaleza. La política es el monopolio legítimo de poder del Estado. La política es comunicación en sentido puro.

La política es el disfraz del poder real. La política puede engañar a muchos, pero no a todos; con un disidente puede bastar. La política es el reino del caos. La política bien entendida se mide por la autoridad moral. La política es el acto de debatir ideas en la plaza pública, no en el espacio privilegiado de los desplegados de *abajofirmantes*. La política es lo que no se ve, pero cimbra al más curtido. La política es el arte de atravesar pantanos con alas immaculadas, porque la política es el pantano.

La política pone la direccional para dar vuelta a la izquierda, pero para dar vuelta a la derecha. La política de sobrevivencia es el del sacrificio de los principios. La política es la tumba de la dignidad.

La política es la sensibilidad para identificar la aguja y el pajar. La política es una piedra atada al cuello de los incompetentes. La política es el juego de estrategias, no el choque de batallones.

La política radica en saber para qué sirven los extremos. La política es la sensibilidad para atender los problemas sociales y no callarlos a toletazo limpio. La política es el juego de la audacia. La política es lo que no es y no es lo que sí es. La política, al final del día, decide entre soluciones malas o soluciones peores. La política es el lenguaje que dice una cosa y quiere decir otra. La política es la propuesta de soluciones de fondo, no el discurso sin decisiones. La política es el reino del realismo del poder.

En política funciona la técnica ya olvidada del judo: aprovechar el impulso del adversario para derribarlo. La política es el arte de construir, aunque tenga primero que destruir. La política es el espacio de las decisiones, no de las declaraciones. La política es el juego de las señas y señales, como en el beisbol. La política se construye con acuerdos o no es política.

La política es el arte de comunicar para convencer, no evangelizar para fanatizar. La política es el espacio para las decisiones radicales, no para explicar los pretextos.



La política es un ejercicio plural, no burocrático. La política es sinónimo de liderazgo; así de sencillo. La política es el todo, no las partes.

La política es el yo del poder. La política no es el reparto de culpas, sino la asunción de responsabilidades. La política es... muy cruel. La política es el instrumento para gobernar, no para someter. La política es lo que se ignora, no lo que se sabe. La política es el camino más corto para la construcción de opciones, sobre todo después de la protesta. La política es a veces un tratamiento de *shock* de la realidad. La política es el arte de la elusión de conflictos, no la barbaridad de dejar pistas fraudulentas por todos lados. La política es una bofetada de la realidad.

La política es la habilidad para darle una explicación racional a lo inexplicable irracional.

La política consiste en reconocer lealtades, sin necesidad de pruebas.

La política es el arte de cambiar la narrativa.

La política es una guerra por el poder; solo eso.

La política es el mensaje de las circunstancias.

La política es distensión, porque pierde el que se enoja primero.

La política no se inventa, sino que se transforma o se recicla.

La política es un acuerdo de clases productivas.

La política es la realidad que se quiere esconder.

La política es el lastre de la memoria.

La política es el arte de hacer una cosa distinta a lo que dice.

La política es el juego de claves para que nadie sepa cómo se gobierna.

La política es realismo a veces brutal. La política es el lado peligroso del poder.

La política es la habilidad para entender con anticipación los secretos del poder.

La política es el control de las clases para dejarle el poder a las élites.

La política, como el Diablo, está en los detalles. La política radica en asumir responsabilidades, no salpicar irresponsabilidades.

La política es lo que no parece ser.

La política consiste en esconder lo malo de las actuaciones públicas, no en orgullecerse de ello.

La política es el enfoque estratégico del poder.

La política es el mundo de las promesas renovadas *ad infinitum*.

La política es la compra-venta de expectativas en el mercado político.

La política es, al final de cuentas, la centralización del poder.

La política es la habilidad de tomar decisiones engañosas, pero que pasen como veraces.

La política es un juego de dominación.

La política es el conjunto de instrumentos para manejar las crisis, no para justificarlas.

La política es el arte de las equivocaciones... y de las justificaciones.

La política tiene, entre muchos, un dogma: molestia que no te molesta, no la molestes.

La política, casi siempre, es el ajuste de cuentas para redistribuir el poder.

La política es la amalgama de la estabilidad social mínima.

La política es la coartada de la corrupción.

La política sirve para justificar lo execrable.

La política es lo que todos dicen que no es, pero que al final es lo que es.

La política requiere de una capacidad para leer lo que no está escrito.

La política es siempre la disputa entre el viejo régimen que se niega a morir y el nuevo régimen que no sabe cómo nacer.

La política es el arte de ganar batallas sin disparar balas.

La política es el arte de vender lo que no existe.

La política es la búsqueda de la estabilidad, no de la justicia.

La política es la habilidad para vender espejitos a cambio de piedras preciosas.

La política es el reverso de la memoria.

La política es el disfrute del instante. La política es la ambición del poder.

La política es siempre la misma medicina, solo cambia el envase, el nombre y la caducidad.

La política es la lucha por el poder, a través de cualquier vía.

La política es lo que es.

La política es como bailar con el diablo: quedas oliendo a azufre.

La política es la demagogia del poder.

La política es un juego de rebotes inesperados.

La política es el ejercicio del poder real.

La política es la fijación del objetivo final; lo demás es distracción.

La política es el territorio de las oportunidades y las ilusiones perdidas.

La política es lo que está detrás... de la política.

La política siempre sale vencida por el sentido del humor.

La política es el arte para evitar problemas, no para crearlos, alimentarlos y descontrolarlos.

La mafia del poder no se combate; se administra.

La política es el *timing* del poder; y sus circunstancias son temporales.

La política es la racionalidad de la economía.

La política es una factura que siempre se paga muy cara.

La política es el último peldaño hacia el fracaso... o el primero.

La política es la capacidad de definir alianzas, no de ser masa de oportunistas.

La política dura se mide por decisiones audaces, no por idealismos.

La política suele frustrarse y sabotearse a sí misma.

La política es prueba en su mejor expresión ante tensiones violentas.

La política está en los hechos; lo demás es *House of Cards*.

La política es saber entender la realidad como es, no como quisieran muchos que fuera.

La política no es trabajo de equipo, sino de cómplices; así de simple.

La política es el arte de vender lo mismo, pero más barato.

La política es el estar, no el no-ser. La política, para ser eficaz, necesita lucidez, tranquilidad y visión de futuro.

La política muchas veces no puede ocultar lo negativo de la realidad, por más que la quiera vestir de seda, mona se queda.

La política se mide frente al adversario, no al interior de los aliados.

La política es la certeza del diagnóstico, no la confusión de las circunstancias.

La política es el arte perverso de la previsión, no la frivolidad del disfrute del poder.

La política es la capacidad para prever y actuar, no para culpar.



La política es un juego de espejos.

La política es la sensibilidad para entender primero la realidad y luego tratar de desvirtuarla.

La política... por su boca muere.

La política también se percibe en los efectos colaterales.

La política radica en esperar sentado a ver pasar los cadáveres de los enemigos.

La política es el lenguaje de las interpretaciones y no siempre las mejores.

La política se mide por proyectos, no por popularidades efímeras.

La política es percepción... y ahí comienzan todos los problemas.

La política es la responsabilidad de evitar servir a dos amos.

La política es la habilidad para ganar ganando, no para perder perdiendo.

La política es el arte de la persuasión; la fuerza es el manotazo de la incompetencia.

La política es la relación incestuosa con el poder.

La política es –debe, debería– ser un acto de la inteligencia, no una dominación de la barbarie.

La política es el ejercicio del poder para disminuir problemas, no multiplicarlos.

La política debe ser una expresión cultural de los ciudadanos.

La política que no revisa sus errores está condenada a... acumular fracasos.

La política es el arte de enredar lo sencillo, pero para obtener beneficios y no para perder lo ganado.

La política se creó para solucionar problemas, no para aumentar los que ya estaban ni crear nuevos.

La política es el reino de las pesadillas, no de los sueños guajiros.

La política es la habilidad para eludir responsabilidades culpando a otros.

La política, en pocas palabras, es lo

contrario de las ingenuidades: un juego de poder como conquista y dominación.

La política es circular: cuando no hay ideas ni proyectos se repite para cambiar y llegar al mismo lugar.

La política es el arte de tirar lastre, o hundirse con el sobrepeso muerto.

La política es la racionalidad como justificación.

La política se deriva de *polis* y de poder, no de pueblo.

La política es el espacio de los acuerdos, no de las imposiciones estilo viejo régimen priísta.

La política consiste en decidir, no en posponer.

La política es, también, el sentimiento de la sociedad ante sus líderes.

La política consiste en aprender a soportar al jocoque y en no repetir errores del adversario.

La política es una red de intereses y responsabilidades secretas.

La política es el juego de poder, pero sólo cuando los contendientes así lo entienden; si no, es guerra fratricida.

La política es remar contra la adversidad y cuando menos seguir flotando.

La política es el arte del acuerdo, aunque sea con desacuerdos.

La política es el reino de la mentira con razonamientos de la verdad.

La política es el mejor disfraz del poder como dominación del otro.

La política es, para quien sepa usarla, no invocarla.

La política es el mandato de la inconsciencia.

La política de hoy es la de ayer, no la de mañana.

La política es la realidad de la pobreza en las calles.

La política es el único camino para mantener el poder.

La política es el reparto de culpas propias.

La política es el poder, no la arenga.
La política es toda ilusiones, pero se mueve en el territorio de la realidad cruel e implacable.

La política es como el mar: lo peligroso no son las olas, sino la resaca.

La política es la utilización de los demás para beneficio propio.

La política es la sensibilidad para saber qué quiere la gente, no qué se le va a imponer.

La política es, al final de día, una maniobra de distracción.

La política es la definición del carácter, no el disfraz de suposiciones.

La política es memoria rediviva en cal viva que no blanquea sepulcros.

La política es la bofetada de la realidad.

La política es la lucha de la amnesia contra la memoria.

La política es el arte de ocultar una mentira en una verdad.

La política es lo que se vende, no el producto.

La política es, justificando buenos y malos, el objetivo social.

La política es el círculo de la cuadratura ovalada.

La política es la disputa entre las reglas y los caprichos.

La política es la capacidad de sacar victorias de las derrotas.

La política es lo que se encuentra debajo de las promesas del poder.

La política es la prioridad del más fuerte; lo demás es demagogia.

La política es la capacidad para decidir lo que no se tiene que decidir, pero hacerlo sin cargos de conciencia.

La política es un juego de ajedrez, no una contienda de lucha libre.

La política es lo que la realidad quiere; lo demás es onanismo inconsciente.

La política es la habilidad para prepararse para lo mejor, aunque esperando lo peor.

La política es un espejo de dos caras y las dos tienen igual valor.

La política es ontología pura: lo que es, es, y punto,

La política es la suma de votos y lealtades ciegas, no de compromisos ni ideas. La política es la habilidad para perder ganando y ganar perdiendo, o sea ganar-ganar.

La política, decía Aristóteles, es el reino de la ética, aunque en México es el reino de la corrupción.

La política es el factor sorpresa, siempre y cuando haya algo con qué sorprender.

La política es resistencia.



La política es la habilidad para ejercer el poder sin que se note, no la brutalidad de tapar calles y buscar la represión.

La política siempre, como la liga, se rompe por lo más delgado.

La política es el espacio para la amistad, pero donde el político sólo debe ser amigo de sí mismo.

La política es el arte de hacer.... política, no de pasársela quejando.

La política, para bien o para mal, exige talento.

La política es el equilibrio de la lucha de clases, siempre que el Estado la administre.

La política es la toma decisiones pensando en el poder y no con el corazón.

La política es el equilibrio del poder entre los más fuertes, con los débiles pagando la factura.

La política es la obligación de moverse en los escenarios visibles e invisibles del poder.

La política se mueve en las esferas de la realidad o de la ficción, no hay términos medios.

La política es la habilidad para leer lo que no está escrito.

En política todo se vale, menos lo que se vale.

La política es la percepción de que el poder manda.

La política es la sensibilidad para entender qué está pasando, no para suponerlo.

La política es la cabeza ardiente y el corazón frío.

La política es el punto clave para catapultar crisis.

La política es la habilidad para mandar mensajes tergiversados que sean leídos en su intención, no en sus gestos.

La política es el imperio de las expectativas.

La política es tan secreta que no puede ser ocultada.

La política es el arte de engañar a los demás, no enseñarle todas las cartas.

La política debiera ser la capacidad para tomar decisiones de fondo y no para cuidar imágenes deterioradas.

La política es la habilidad para echarle el peso de la culpa a los demás, pero depende que lo crean.

La política es la habilidad para no creerse las propias mentiras... y menos las de los demás.

La política es la habilidad para engañar a los demás, menos a sus jefes políticos.

La política es la necesidad de vencer a los demás que ha cambiado, aunque en el fondo siga siendo el mismo.

La política es la audacia de decidir fugas hacia delante.

La política, dijo alguien, es el arte de la memoria.

La política es la sensibilidad para identificar críticas y enfrentarlas, no voltear a otro lado.

La política es la habilidad para, sencillamente, saber lo que se quiere, usar los instrumentos necesarios y llegar al objetivo, no dar palos de ciego.

El político es el único ser que se tropieza más de dos veces con su misma crisis.

La política es la necesidad de la persistencia, pero acompañada de los errores de los adversarios.

La política es el camino de ver la realidad con los ojos de la inteligencia, no del corazón.

La política se construye con intenciones, pero se valida con memoria.

La política es la habilidad de hacer lo que haya que hacer, pero sin que se den cuenta los ciudadanos.

La política es la habilidad para entender si se hacen las cosas para uno o para otro.

La política es la capacidad para adelantarse a los hechos, para que la realidad del corto plazo no nos aplaste.

La política es el arte de ocultar las verdaderas intenciones, antes de llegar al poder.

La política es el arte de complicar la interpretación de la realidad, para ganar en ese río revuelto.

La política es la sensibilidad para entender que la democracia no puede ser subordinada a reglas.

La política requiere de conocimiento, pero se debe ejercer con sensibilidad.

La política sólo debe medir posibilidades reales, no salidas ilusorias.

La política es la habilidad para cambiar de montura a la mitad del río, pero sin caerse ni ahogarse.

* Autor de la columna *Indicador Político*.

El poder oculto

Abraham Nuncio



los políticos y las elaboraciones teóricas de académicos, filósofos y periodistas se han encargado de ampliar y socializar esos conceptos en las tres últimas décadas, el poder oculto se ha dedicado a sistematizar y profundizar la rapacidad, la simulación, el robo y la depredación.

En ese arco infame, el público se va enterando, a través de una información fragmentada, de que la mitad de la población mundial no podrá salir de la pobreza porque su gobierno dedica más de 50 (y hasta 80 y 100 por ciento) del PIB al pago de la deuda pública. Se entera de que uno por ciento de la población acapara más de 80 por ciento de la riqueza del planeta. Se entera de que de este porcentaje, un segmento evade un monto de impuestos mayor al que la ONU pretendió establecer en los vanos objetivos del milenio para reducir la pobreza extrema y el hambre en África, Asia, América Latina y el Caribe. Y de que una sola familia, la Walmart (extendió sus tiendas en nuestro país durante el sexenio de Salinas) agregó a su fortuna, en un solo año, la quinta parte de esa cifra: 25 mil millones de dólares. Se entera de que la globalización es la de una docena de países capitalistas de Europa, Estados Unidos y Canadá, más China, y que las empresas y bancos que representan a esa minoritaria parte del mundo sobreexplotan los recursos naturales y financieros del resto.

También se entera de que los capitales se relocalizan y crecen a costa de una mano de obra barata. Y que su crecimiento se potencia con la “flexibilización del trabajo”, giro que da por resultado la desaparición de derechos laborales mediante el outsourcing, la reducción o evaporación de las pensiones, el sindicalismo libre, la represión a la huelga, etcétera. Se entera de que los trabajadores, a pesar de que la riqueza producida alcanza cimas históricas, no encuentran empleo y tienden a emigrar por millones hacia los países ricos causantes directos de su pobreza. Se entera de que reyes, dictadores, sátrapas, presidentes y funcionarios menores son corrompidos por varias empresas (las congéneres de Odebrecht) y que el dinero robado por ellos va a dar a los países ricos o a los paraísos fiscales.

Se entera igualmente de que las grandes empresas transnacionales, y algunas nacionales, tienen al planeta al borde del colapso por la explotación irracional e incontenible de sus recursos naturales, así como por la contaminación que esa explotación produce.

Y acaso llegue a enterarse de que el poder oculto, a nombre de la libre empresa, está detrás de todos esos fenómenos que entrañan la mayor desigualdad e injusticia que haya conocido el mundo en los últimos 100 años de su historia. No sólo, sino que la información que le llega –o no le llega– está controlada por las empresas periodísticas, de Internet y de las redes sociales; es decir, por el poder oculto.

Ese poder logró que los gobiernos modificaran las llamadas políticas públicas en favor suyo. Logró que una gran parte de la riqueza pública pasara a su dominio. Y que la ciudadanía más influyente, integrada por sus líderes, se apropiara de los comités, consejos y principales órganos ciudadanos que condicionan las líneas estratégicas de gobierno de la burocracia política.

Entrevista con Marllha Zertuche

Eligio Coronado

Marllha Zertuche (Monterrey, N.L.) es actriz, dramaturga, poeta, directora de teatro, fotógrafa, pintora y artesana. Ha leído en el Gargantúas Espacio Cultural. Publica en sus blogs "Rojo Insolente" y "Marllha Zertuche".

¿Cómo escribe?

Como poseída... y con honestidad, con muchísimas faltas de ortografía y como se me da mi chingada gana. Pero con harta valentía, ya que después de pasar muchas vergüenzas y malas calificaciones por mi dislexia, siempre tuve que abrazarme al discurso de mis escritos, más allá de la correcta forma en que se debe escribir; y eso me ha llevado a largas conversaciones con maestros, académicos y escritores.

Y aunque entiendo y defiendo el valor y peso de la forma, hubo ciertas etapas en las que mi problema de lectura/comprensión/escritura me lo hizo realmente difícil.

¿Por qué escribe?

Porque es la terapia más barata que he encontrado. Así evito ser (o soy) más yo. Siempre fue ruta de escape, mi papá nos leía cuentos por la noche y creo que eso fue algo que influyó mucho en toda mi vida adulta. Teníamos un libro de los hermanos Grimm y Christian Andersen en una edición de pasta roja y dura con letras doradas; entonces no podía esperar a escribir mi propio cuento y fue entonces que leí en la primaria los primeros poemas y ahí todo fue gradual: de escribir cuentos en primaria, a escribir poemas adolescentes en secundaria; y no paré: me di cuenta que fuerza tiene un buen escrito y cómo puede cambiar la percepción de un relato si lo decoras con poesía.

¿Desde cuándo escribe?

Siempre. Desde que pude hacerlo... creo que fue en el momento en el que pude hilar más de tres palabras en una oración. Escribía historias fantásticas, donde hice todo tipo de cosas; después me enamoré con la poesía, y todo lo platónico comenzó a tener nombre. Conforme crecía, también mis textos crecieron, fueron más atrevidos y directos. Más honestos, dolorosos y agudos. Algunas veces fueron mi muleta y otras el puente, pero todos tenían el mismo adjetivo: insolente.

¿Para quién escribe?

Ahora para mí, siempre, pero claro que alguna vez lo hice para alguien más...

¿Sobre qué escribe?

Esto es difícil de contestar, porque algunas veces es sobre las cosas que conozco; pero la mayor parte del tiempo es sobre aquellas cosas que no sé, que no conozco pero supongo. Aunque no creo que la gente note la diferencia.

Escribo sobre el amor el desamor, la insatisfacción, la satisfacción, la satisfacción del amor y el encanto de las cosas. Ya que a veces trato de despersonalizarme, estoy segura que en todo estoy yo por ahí.

¿Qué es para usted la literatura?

Una herramienta. Ya sea que la utilice para perderme entre mundos increíbles, o que me haga ver distintas perspectivas de la realidad.

Informa, testifica, enseña, expone, relaja, distrae, afirma o niega y protesta.

¿Qué opina de su propia obra?

Me encanta... a veces pasa tiempo y releo algún escrito mío y me sorprende; y es que, claro, me puedo leer a mí mis-

ma y el texto es una imagen de mí y de todo lo que pasaba por mi cabeza en ese momento. En muchas cosas he cambiado de opinión o dejado de ser esa persona, pero no deja de ser una imagen que me recuerda dónde he andado, o qué pensaba hace tiempo. Por eso me releo seguido.

¿Cómo define su obra?

Es aguda y completamente insolente. Con una desfachatez implícita. Es una narrativa insolente de un hastaladmadre de todo.

¿Cuándo está listo un texto?

Uy... a veces justo después del punto final, y a veces dentro de algunos años, pero eso sólo dentro de algunos años podré saberlo.

¿De dónde nacen sus textos?

De mis entrañas, de lo bueno, lo malo, lo aburrido, lo callado, los ruidos, de personas que conozco y personas que no conozco, de lo conocido y mucho más de lo desconocido, y nacen como gritos y plegarias como consuelo y burla de todo porque muchas veces es la forma en la que proceso la vida. Decía una gran amiga que yo traigo las entrañas sin bozal. Que hay serpientes que me recorren el cuerpo y que asfixio. ¡Vaya definición!

¿Qué género literario prefiere?

Para leer depende de mi estado de ánimo, pero en invierno las novelas y los cuentos y en verano también. Aunque mi mente siempre piensa en poesía.

¿Qué opina del nivel de nuestra literatura nuevoleonense?

Pues debo aclarar que no estoy muy bien informada últimamente, porque llevo un rato en otro estado; pero creo que hay algo de los regios que se refleja en casi todos los aspectos culturales. Los regios hacemos las cosas bien. Y somos semilleros de talentos en casi todo. Y las personas que conozco que se dedican a escribir son unas chingoneras, tanto en teatro como en literatura. Ojalá que lo de la cuarentena no deje muchos estragos en esto de los espectáculos y reuniones. Que por lo regular es de lo que solíamos pedir más. Más espacios, más eventos, más incentivos para el arte. Y donde los talentos se comparten.

¿Vive de la literatura?

¡Siempre! Qué sería del mundo sin ella; pero no, no económicamente; si a eso se refiere la pregunta, no.



¿Para qué le sirven los escritores a la sociedad?

En este tiempo me gusta pensar que para muchas cosas. Creo que el escritor, como artista principalmente, funciona como interpretador de las realidades, da testimonio de cómo y qué somos como sociedad; en un futuro el escritor será el principal testigo de la humanidad como cultura y sociedad.

¿Quiénes escriben mejor, los hombres o las mujeres?

Los aliens. Para escribir no hay géneros y menos ahora con esto de ser inclusivo... En fin.

¿El gobierno o Conarte le han apoyado alguna vez?

He participado en algunos eventos para ambos, pero ninguno de los dos me ha apoyado directamente y creo que eso se debe a que nunca he solicitado ningún apoyo, ¿verdad?

¿Autores favoritos?

Uf... creo que esto nos va a llevar tiempo y no creo poder decidirme por alguno en su totalidad. Me gusta más tener libros favoritos. Y si es estrictamente necesario mencionar alguno, yo diría, entonces, entre García Márquez, Sabines, Saint-Exupéry, Carroll, Ende, Velázquez, Ruiz Zafón, Alighieri, Neruda, Woolf, Sartre, Barón, Sánchez... etcétera. Creo que hay muchos que caen dentro de esta categoría. Excepto Coelho (jajaja).

¿Libros que le hayan impactado?

Muchos libros me han atrapado, pero

un libro que leo siempre y año con año siento que crezco y que me enseña algo nuevo, encuentro cosas tan increíbles y diferentes cada vez que lo leo, es «El principito».

Incluso escribí un guión basado en el que se presentó en mi teatro Monterrey durante una temporada y fue para mí una gran satisfacción presentarla.

Si le dieran a elegir entre todas sus facetas (actriz, dramaturga, poeta, directora de teatro, fotógrafa, pintora y artesana), ¿cuál elegiría?

Gimnasta.

¿Cómo generaría lectores?

Fomentando la lectura en los niños.

¿Qué recomendaría a las personas que desean ser escritoras?

Que lean mucho y que no dejen de escribir ¡nunca, nunca!

¿Proyectos futuros?

Actualmente estoy haciendo murales y en todas mis piezas hay una historia en forma de cuento detrás que quisiera publicar; y algunos coqueteos con el tema de un libro para "Rojo Insolente", que ya tiene textos nuevos; pero hasta la fecha está sólo en coqueteos.

Me gustaría que esto de las restricciones por la cuarentena termine pronto, para reactivar las lecturas; ya que el mundo sin eventos culturales se torna aburrido, triste y comienza a volverme un poco neurótica.

Avatares del salvaje mítico

Abel Garza Martínez

Monterrey.- Los salvajes en el cine. Notas sobre un mito en movimiento, es el título de un bello libro de Roger Bartra. Ahí ensaya una propuesta antropológica: los salvajes también forman parte de la cultura occidental dominante. A través del tiempo se les ha asociado con la diferencia, tanto en aspecto físico como en costumbres. Representan la alteridad radical u otredad. Sorprendentemente, también reflejan algo de nuestro interior.

¿Batman, Wolverine, Chewbacca y Ant-Man junto a un niño feral? Sí, también un cavernícola u hombre prehistórico al lado de Frankenstein y el hombre lobo. Incluso Tarzán, Hulk, Yeti o Pie grande y las bellas replicantes de *Blade Runner* y otros androides, computadoras y seres animalizados, salidos de *Odisea del espacio 2001* y de *El planeta de los simios*. ¡Faltaba más! Aquí aparecen todos.

Los superhéroes, surgidos del universo de los cómics, encarnan al justiciero, aquel que infringe la ley para hacer justicia. En el cine aparecen en una sociedad hipervigilada, todos son vigilantes, donde los seres civilizados deben volverse salvajes para salvaguardar a la civilización. Bartra comprueba que la racionalidad industrial no impide la expresión de mitologías arcaicas.

El director de cine Martin Scorsese generó polémica, recientemente, al afirmar que las películas de superhéroes no son verdadero cine. También avivó el viejo debate sobre si este género de cine infantiliza o no a los espectadores. En Monterrey, así como en otras ciudades del mundo, más de un secretario de Seguridad Pública y varios profesores universitarios consideran a Batman como el máximo criminólogo. ¿Eso es bueno o es malo?

El mito del salvaje pervive en el inconsciente colectivo y en el imaginario social. Ha sido plasmado de muchas maneras, en diversas artes; pero en el cine encontró una vía idónea para ser llevado a las masas, y hacer que lo sintiesen más vivo que nunca. Aun cuando se trata de



una representación ficticia, constituye un poderoso llamado de la naturaleza humana primigenia. O, como diría Jack London: *The Call of the Wild*.

Bartra analiza, comenta y reseña 140 películas en las que se representa, de un modo u otro, a los salvajes. El libro contiene muchas ilustraciones y fotografías, tanto fotogramas como cartulinas publicitarias, carteles, posters o afiches, que evocan las felices horas pasadas en la oscuridad.

Películas clásicas, antiguas y modernas, vistas en diferentes pantallas: cine, televisión, computadora o teléfono, han estado presentes en la vida de muchas personas. Empero la esencia del verdadero cinematógrafo es la pantalla grande, la pantalla monumental. Lo demás es un simulacro del mundo mágico del séptimo arte.

Quizás el autor debió enfatizar que el mito del buen salvaje, el salvaje noble, fue popularizado por el filósofo Jean-Jacques Rousseau. También pudo haber aprovechado la historia de la literatura latinoamericana, esa que opone los con-

ceptos de civilización y barbarie. Atinadamente destaca que los salvajes nos vigilan, acechan y amenazan. O por lo menos esa es la intención con la que se los representa, o así nos lo hacen creer. Coadyuvan a la política del miedo, ese juego maquiavélico de la percepción de la inseguridad.

El concepto de salvaje abarca mucho en idioma español, engloba a muchos seres; tan es así que Bartra nos recuerda que en inglés se utilizan dos palabras: "los entes mitológicos tienden a ser calificados como *wild*, mientras que a los grupos reales que fueron colonizados usualmente se les denomina *savages*". Los franceses, hasta hace poco tiempo, tendían a identificar al salvaje con el primitivo.

Tal vez el concepto de salvaje que utiliza Bartra es demasiado laxo, lato sensu; pero eso le permite contemplar diferentes facetas de esos seres asombrosos. El libro consta de ocho apartados: 1.- Monstruos y salvajes reales / 2.- La invención del salvaje prehistórico / 3.- Superhéroes bestiales / 4.- Ciborgs salvajes / 5.- Estados primigenios / 6.- Licantropía / 7.- El salvaje noble / 8.- Planetas agrestes.

¡Un festín visual! De entre tantas películas sobre salvajes, buenas y malas, es difícil elegir la mejor; pero en caso de extremo apuro, puedo decir que entre mis favoritas se cuentan estas dos: *El niño salvaje (L'Enfant sauvage / The Wild Child, 1970)* y *Avatar (2009)*. Ve a y lea el libro de Bartra, seguramente descubrirá algunas películas que despertarán gratos recuerdos. Nada como soñar e imaginar otros mundos, otros seres. No es evasión. Quizás somos una generación que ha visto demasiado cine, para bien o para mal.

* Bartra, Roger. *Los salvajes en el cine. Notas sobre un mito en movimiento*. Fondo de Cultura Económica, Instituto Nacional de Antropología e Historia, La Jaula Abierta. Colección Tezontle. Primera edición, 2018. México.



Desde Monterrey, México

facebook

15diario TV



UANL



Tu **punto** de encuentro.
Las **mejores historias** de la UANL
en **un solo lugar.**

puntuo.uanl.mx